

A-CEGARRA SALCEDO
GAVIOTA

Nº tit. 33729

DMU

3678

BIBLIOTECA REGIONAL



1050069

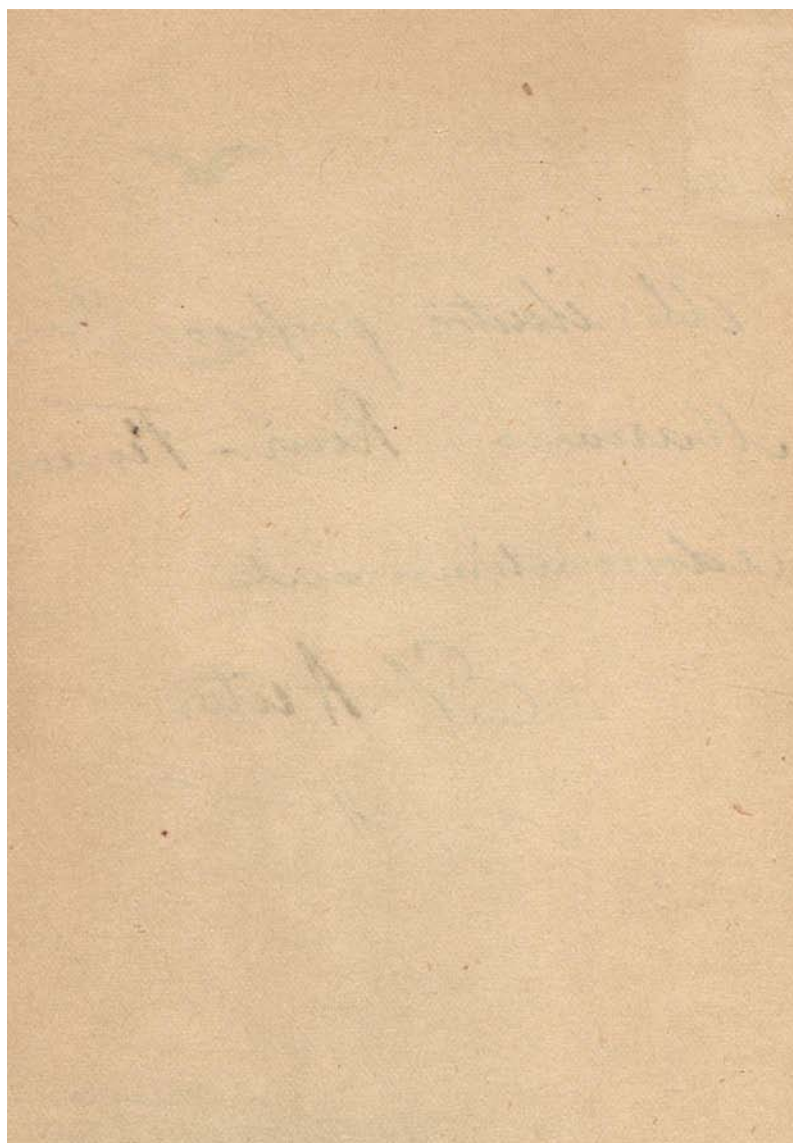
BIBLIOTECA PÚBLICA
MURCIA

19-VIII

6585

Al ilustre profesor
Mariano Ruiz-Fu
admirativamente

El Autor



GAVIOTA

OBRAS DEL AUTOR

- OLVIDAR**, boceto de comedia en dos
actos 2'00 ptas.
- SOMBRAS**, prosas, prólogo de J. Or-
tega Munilla. 2'00 ptas.

R. 2822

Dep. S-IV-2.107.

ANDRES CEGARRA SALCEDO

GAVIOTA
Y OTROS ENSAYOS



860-4



EDITORIAL
LEVANTE

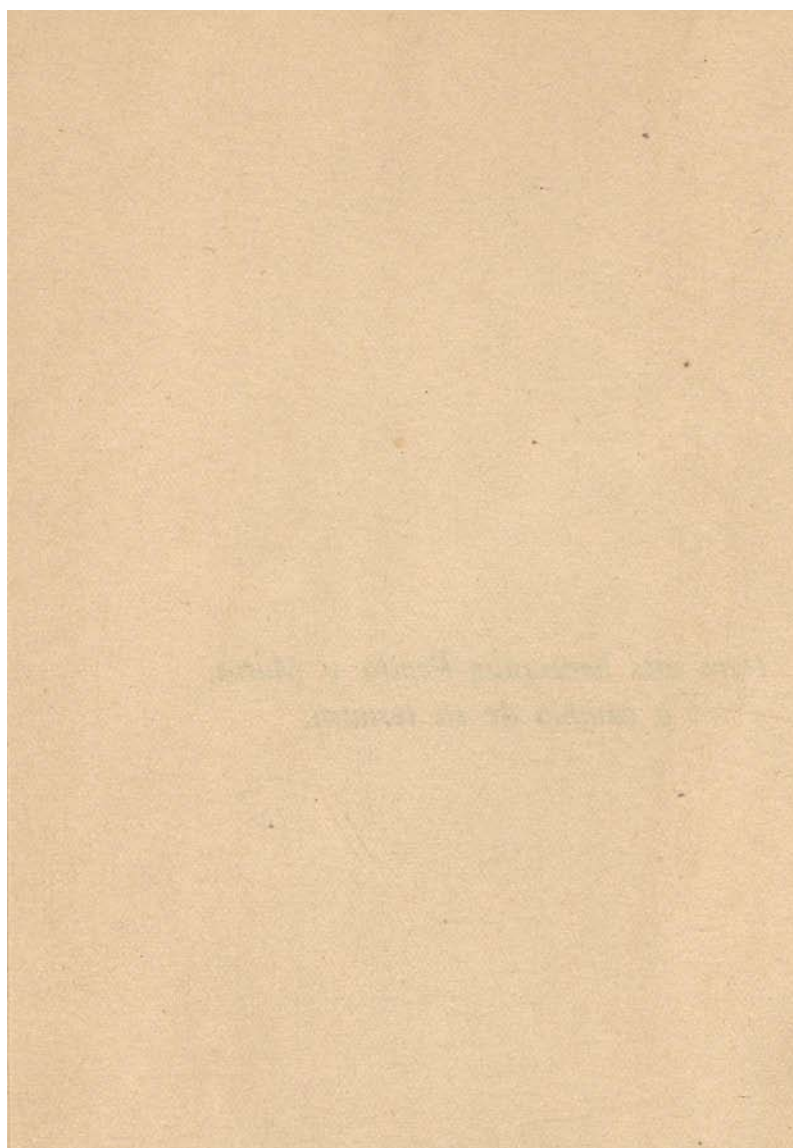
ES PROPIEDAD DEL AUTOR

Imp. de Bernardino Jiménez.-J. Costa, 4.—Cartagena

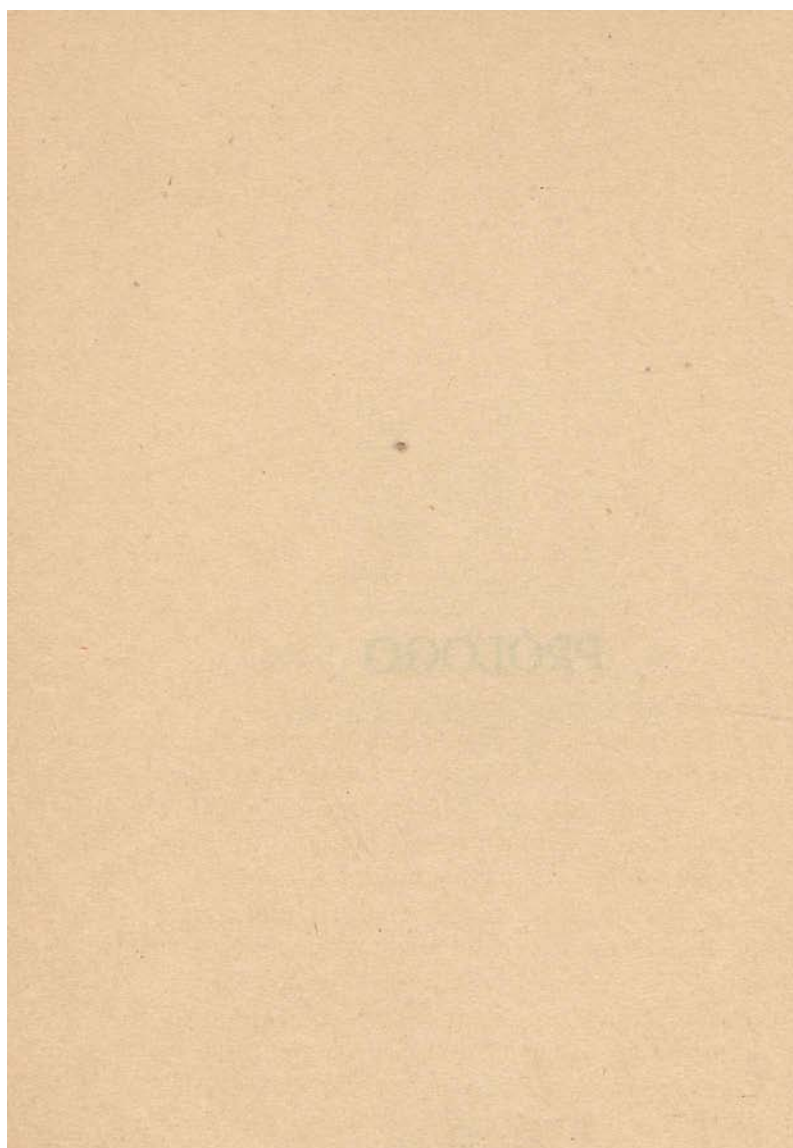
DEDICATORIA

ORBITAL

*Para mis hermanas Pepita y María,
a cambio de su ternura.*



PRÓLOGO



Lo primero de todo, muy delante, pues que debiera ser lo único, esta oración fervorosa por el espíritu inmortal de Don José Ortega Munilla, el venerado Maestro muerto. Palabras donde yo vierta, penosamente, mi emoción, las más expresivas y mejor dispuestas, si las hallase o diese con la fórmula, ha de parecerme que tienen una extraña frialdad: por que jamás sabré decir todo lo que quisiera. En el fondo de una provincia yo imaginé unos cuentecillos ingenuos, unas prosas titubeantes; no me era dable otra actividad. Tuve la

audacia de enviarlos al hombre genial y bondadoso. ¡Con qué honda ternura fui acogido! Desde la cumbre, dos brazos paternos tendieron hacia mí, hasta la cárcel de mi cuarto, dos pródigos brazos llenos de espirituales y maravillosos dones: esperanza para mi pena, consuelo para mi dolor, cariño para mi corazón, elogios para mi vanidad... ¡Si este libro mío pudiera subir al Cielo, en busca suya, muy cerca de Dios!

Luego de esta oración y de esta lágrima, quiero hablar un poco del presente puñado de páginas, sólo porque ello me causa placer. Tengo vedados tantos deleites, que acaso me sea lícito ocuparme en mí mismo un poco. Siempre es deliciosamente grato. Esas mujeres,—todas,—que se miran mucho al espejo, sabrán excusarme.

Al bautizar el libro, vacilaciones. ¡Perplejidad de la decisión! Se siente miedo siempre, ante las elecciones definitivas. Pensé llamarle «Kaleidoscopio», con esa recia, magnífica,

exótica, decorativa K. Supe resistir a la tentación, temeroso del significado de la palabra, autoelogio descarado. Y recurri al cómodo arbitrio de cobijar el volumen bajo el apelativo de la narración primera. Gaviota es un nombre de anchura, de azul, de alas maestras, de audacia frente a las tempestades, cándido también.

...«Y otros ensayos» no quiere decir que yo me tenga por ensayista, según el alto concepto generalmente admitido en la literatura contemporánea. Es que creo que mis cuentos, mis prosas, mis parvos poemas, no son si no bocetos de poemas, de cuentos o de prosas: propósitos no logrados, intentos, gestos más bien que ademanes. Rota esta argolla que me aprieta, yo resolvería en ademán enérgico y reiterado el gesto tímido. Pero esto no ha de ser... No se desprecie el fruto mezquino, si no logró la madurez jugosa por causas extrínsecas.

Recién nacidas, todas las páginas aquí agrupadas parecieronme admirables. Imagino que a cuantos hacen pompas de jabón litera-

rio les ocurre algo parecido. En tanto que la obra está nuevecita, aún tibia de nosotros, con suave calor del propio corazón, nos agrada y seduce, aunque la hipócrita modestia sepa negar. Luego, lo creado se va enfriando, endureciendo, según lo dejamos atrás. Ello, cosa inerte, incapaz de transformarse por sí misma, viene a ser un despojo rezagado. Entonces, si volvemos la vista, advertimos claramente, en lo que nos pareció bello y perfecto, tantas máculas y errores, que acabamos por trocar en indiferencia o en asco aquel primer fervor. Yo os digo que estas páginas ya no me son amadas.

Es la forma, en algunas, demasiado ampulosa, sobrerrecargada; sobran adjetivos y tropos fáciles: tópicos. Me recuerdan esos alicatados de yeso o de cartón, que imitan en lugares públicos de atracción plebeya, en las ruidosas ferias del Sur, las filigranas maravillosas de la Alhambra. De buen grado yo hubiese hecho caer ese estuco; pero temi que al arrancar la costra de palabras me quedara sin nada, no muy seguro de que ocultasen ar-

mazón de ideas. Por otra parte, esos fragmentos están contruidos para sentir el placer del verbalismo. Hay un goce indudable en el uso del lenguaje por el lenguaje, una voluptuosidad que tiene bastante de musical. Engarzar palabras que suenen bien, sin otra preocupación; he ahí todo. Cada vocal es como una nota del pentágrama: ronca, apagada, la u; clara, transparente, la a; la i es una vibración de cristal. De este modo, ved como hay palabras sombrías, oscuras, y otras monocordes, y otras en que la melodía de las vocales va cascabeleando juguetonamente de una sílaba en otra, con saltarino vaivén. Luego, las consonantes, esqueleto de los vocablos, vértebras de su articulación: fuertes o suaves, dulces o estridentes, rotundas como la te, largas y flexuosas como la ese. Todas las combinaciones son posibles, siguiendo ese juego, en el que al trazar un párrafo se están urdiendo los compases de una sinfonía. Dominado por la embriaguez fonética, sin más afán que hacer sonar todas las cuerdecitas del arpa del idioma, sus múltiples registros de órgano gigante, desde el trémolo a la trompetería, el escritor se olvida de las pobres ideas,

*alma de las palabras que son como cadáveres
sin ellas, sólo ruido...*

Un recurso fácil, que he utilizado alguna vez, es el de las enumeraciones descriptivas, relación de cosas bellas de por sí: frutas, o conchas de mar, o perfumes, como pudieron ser flores o gemas. Se consiguen con este procedimiento efectos deslumbrantes en el lector de buena fe. Bien escogida materia adecuada, todo el artificio se reduce a tejer guirnaldas de adjetivos en torno de los nombres de la enumeración. La tarea se puede hacer despacio, en progresiva labor de recargamiento. Puestas las manos en la obra, quien labora se encuentra sorprendido gratamente, con el nacimiento espontáneo de algunas imágenes que embellecen el conjunto. Desconfíese un poco, no obstante, de los tropos venidos de esta forma, porque casi siempre se le han ocurrido antes a otro.

¿Novedad en los asuntos? De ningún modo, muy a pesar mío. Tan esquilmdados los

campos literarios, que son páramos ya. Sólo el genio sabrá obtener, de la tierra cansada, que dió todos sus jugos, frutos de no gustada sapidez. He ahí la penosa pugna de las escuelas de vanguardia por crear algo sin antecedente. Se persigue la rima como una monstruosa cacofonía, se desarticula el ritmo como un sonsonete, se queman los tratados de retórica para aventar las cenizas, se rompen como cacharros inútiles de una cerámica vieja, los moldes venerados hasta ayer. Mas los paisajes son los mismos, y no hay pasiones nuevas, y se llegó al fondo del alma. Y el pobre literato sin genio dá su sensación inédita con arbitrios tipógrafos, resultando el cajista el mayor innovador. Por mi parte, todavía me he atrevido a descubrir la colorista suntuosidad de un crepúsculo, antes de hacer con los tipos de imprenta malabarismos desconcertantes.

Los personajes de mis narraciones creo que son irreales. Es decir, que no pudieran tener encarnación. Yo no sé, por ejemplo, hasta qué punto ese maquinista de «La Caldera» es hu-

mano,—no humanitario,—es como los hombres de carne y hueso. ¿Existe el sacrificio consciente, frío? De todos modos, he atendido más a un fin de belleza que de verosimilitud.

Por eso mismo escribí «Taumaturgia». No parecerá absurda a los elegidos que guardan en el arca de su pecho el maravilloso tesoro de la fé; pero estos dichosos, ¡son tan pocos!. Al resto, «Taumaturgia» habrá de parecerles demasiado milagrera, amañada y efectista. Bien que aquella ciega torne a ver. Ya dada esta fuerte emoción, esta violenta sacudida, ¿no sobra la parte siguiente, demasiado forzada? Tened en cuenta, sin embargo, amigos, que al alzar a aquel hombre de su carro me levanté a mí mismo.

Mas a pesar de todas sus manchas y descuidos, de los que yo le veo y de los que tiene más, «Gaviota» se empeñó en nacer. El pequeño número de sus personajes no se resignaba a permanecer ignorado. Obligado, amenazado por ellos, he tenido que echarlos al mundo en este vehículo de mi libro y dejarlos marchar, con rumbo incierto, hasta perderse

en las estepas de la indiferencia colectiva. Pero ellos lo han querido así. Yo no soy si no su víctima, que purga el yerro de haberles dado el ser. (Difundido Pirandello en España, carece todo esto de originalidad). Y tengo miedo de su suerte. Me imagino al volumen caído en unas de esas manos doctas, temblorosas de intransigencia y meticulosidad, cuyo dueño lanza un grito de júbilo si descubre un galicismo o un defecto de puntuación, y que hacen caer sobre la cabeza del autor sus propios tropiezos y los del tipógrafo. Me lo imagino ante la mirada fría de los que todo lo saben, o ante la mirada torpe de los que no saben nada. Me lo figuro despreciado, definitivamente. ¿Acaso lo mediocre tiene razón de ser?

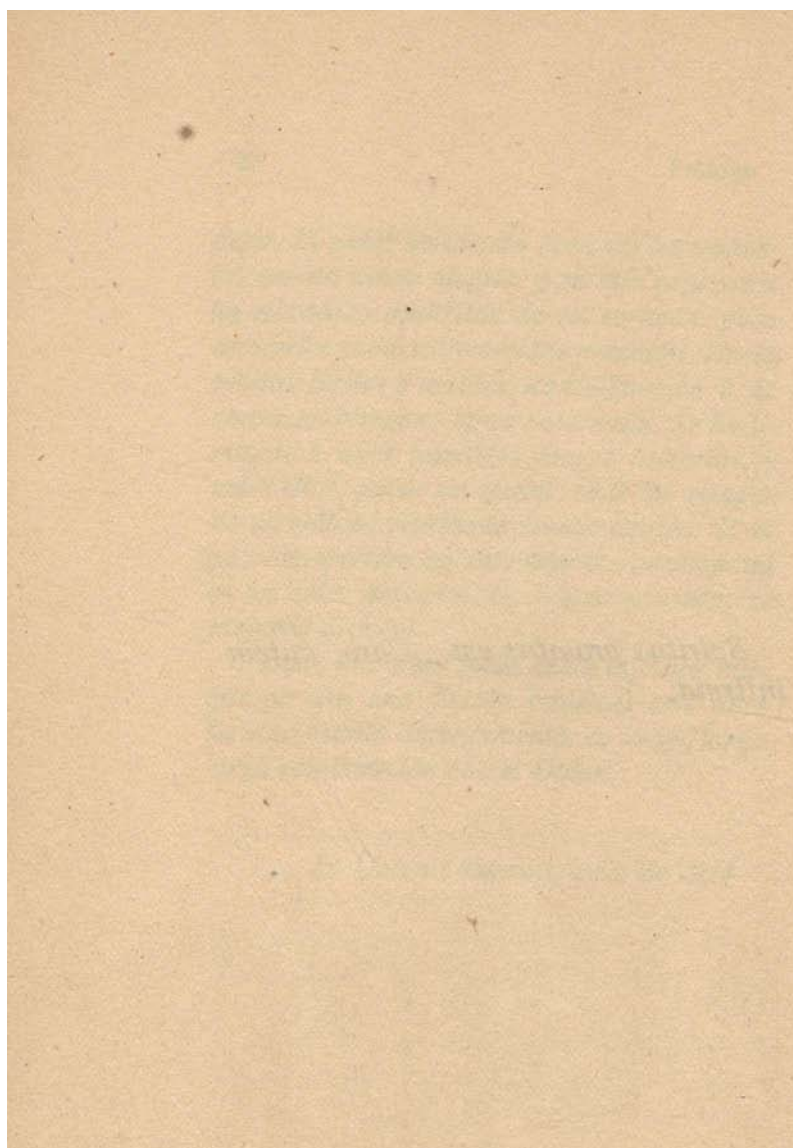
Mediocre y todo, ni tan absurdo que arranque sarcasmos, ni tan acertado que justifique su salida, no se ha compuesto para los críticos ni para los sabios, que ni siquiera sabrán de él, pobre librejo provinciano; ni para los indiferentes, ni siquiera para los felices, porque no tienen tiempo de lecturas. El vá en busca de la tristeza, de las escondidas y cotidianas tristezas que hay repartidas por do-

quier. El autor ha ideado para sus hermanos, los que no tienen alegría, y en esta caja tosca ha escondido pedacitos de su corazón, para ofrecerlos como estremecidos presentes. No dá recetas fáciles e inútiles, de resignación o de consuelo. Ninguna sirve para nada. Se ha limitado a unos humildes juegos literarios, y entre ellos, acaso sin querer, se le ha escapado un sollozo represado mucho tiempo. Si el autor despertara un solo leve eco de simpatía en un solo, desconocido, lejano corazón, se juzgaría dichoso.

Porque este libro (bien sabes tú, Dios mio, que no uso una ficción retórica) este libro ha sido escrito amargamente, en larga, larga, arga colaboración con el Dolor.

La Unión (Murcia), estío de 1924

*Spiritus promptus est... Caro, autem
infirma.*



GAVIOTA

ATGIYAO

Margarita, hija mía, ¿te encuentras bien?

La niña levantó sus grandes ojos oscuros hasta el apenado rostro de su madre, y asintió tácitamente. Dorados los cabellos con desmayado tono, un sudor enfermizo pegábalos sin gracia a la palidez de la frente. Una estatuilla de alabastro, el cuerpecito donde la anemia abría sus pétalos

de rosa de té. La boca, marchita antes de haber madurado, tenía menos de carmín que de cera. Las pupilas, dos gotas de tristeza infinita. Y en toda la hostia del rostro, no sé qué encanto maravilloso y fragilísimo.

Apenas hablaba; solía callar largas horas con obstinación pueril, acaso por no estar siempre quejándose. De los diez años de su vida, yacía, la mitad casi, en el portátil lecho ortopédico, por obra dolorosa del mal que roía sus vértebras. Ahora, las prescripciones de la ciencia inútil y presuntuosa que no sabía sino dar a su daño un largo nombre de arquitectura griega, habían llevado el cochecito a las orillas radiantes del mar de Ulises. Las ruedas anteriores de la tabla en que Margarita permanecía tendida rígidamente mojábanse en las espumas de las más audaces olas: esas que se levantan sobre el rebaño de revueltas gibas de sus hermanas como si quisieran ver lo que hay tierra adentro; y se desploman pronto, en un sonoro y albo fracaso de encajes trémulos, y avanzan por la sedienta arena, que castiga su audacia devorándolas.

—¿Margarita, hija mía, como estás?

Se inclinaba la madre hacia la nena con inefable mimo, con dulzura suavísima, hasta besar la blanca frente, un poquito ardorosa. Y esta vez Margarita contestó con un susurro—como si hablase un pájaro:

—Oh, mamá, estoy bien, estoy muy bien...

Probaba a sonreír la niña. No pudo, quizá por falta de hábito en los músculos faciales que expresan el contento. Vió la madre una mueca trágica en el gesto que Margarita creyó de gozo. Y comprendió la señora la piadosa mentira de la pobre nena. Para que no la viese llorar, entonces, volvió hacia el mar el rostro. Caían al agua las anchas gotas de dolor, y acrecieron el caudal enorme y amargo. El Océano no es más que el cuenco inmenso donde se han vertido los ríos de lágrimas de la tierra. Esto creen las madres que sufren, que son todas las madres...

The following is a list of the names of the
 persons who have been appointed to the
 various offices of the Board of Education
 for the year 1870. The names are given
 in alphabetical order, and the offices
 to which they are appointed are given
 in parentheses. The names of the
 persons who have been appointed to the
 offices of the Board of Education for
 the year 1870 are given in the
 following list.

II

He aquí al Mediterráneo con amplitud oceánica. De un lado, el ardor de Argelia; del otro, la perenne templanza balear; y al frente no hay tierra hasta Sicilia: ni un islote perdido. ¡Hermoso hipódromo para los corceles del viento! Corre, piafa, se encabrita la manada de potros briosos del levante. Son las olas las huellas de sus cascos en la gran planicie flúida. Se hinca

en ella el cabo, como una roma daga de mellada punta. Las dentelladas neptúnicas la deshacen lentamente en su incansable acoso: derrota del momento, victoria secular...

Si el lomo terrestre adentrado en las ondas recuerda, por la silueta, el de un monstruoso rinoceronte casi sumergido, es el faro como el cuerno nasal del paquidermo. Su ancha grupa deprímese para que nazca la playa. Es un semicírculo de áureas arenas, entre los cimientos de viejos cantiles disgregados y las olas, que fueron retirándose ya logrado su afán demoledor.

Paseáis gozosamente a lo largo de la blanda ribera. Los líquidos cristales rompen en vuestros pies su risa blanca. La neurastenia y el verano, el calor y el tedio, os echaron del urbano tumulto a este bravío y bello rincón. Sobre vosotros, como un vítreo mar inmóvil, la invertida copa celeste; junto a vosotros, como un fundido cielo rabioso, la ondulante lámina marina. Estáis en un paraje de placer estival, de alegría frívola y rápida, fugaz como las espumas que lo ciñen, como la parabólica raya de

fuego que las estrellas desorbitadas pintan efímeramente en la noche canicular. Orlan el tapiz blondo de la playa palacetes arbitrarios, con jardinillos que parecen breves oasis en la desnuda tierra salobre y que tienen, hacia el lado del mar, recios malecones donde las tormentas de equinoccio rompen su estéril furia.

Pero ahora duerme el coloso glauco. Y en su borde, bajo esta gran sombrilla que parece un hongo exótico y gigante nacido por milagro del arenal, encontráis de pronto ese grupo de la niñita enferma y de su madre. Llevan el carro de la yacente junto al agua no bien nacido el sol, y allí queda todo el día. Siéntase al lado la señora. No se aparta ni un segundo. De vez en cuando se alza, besa a la hija... Luego queda mirando al mar o al cielo,—a Dios— en espera del milagro.

Marchábais ágilmente, alegremente, bebiendo grandes tragos de aire y de luz, de azul y de sol. Un gozoso optimismo llenaba vuestro pecho, y quería hacerse carcajada o canción. Ya no será posible, por la nena tendida, por la triste mujer que está a su

lado. Toda la radiosa alegría del paisaje no puede aplastar ese dolor, antes bien, parece que de él se empaña y contamina. ¿Para qué en torno—os preguntáis—tantas fuerzas vitales, para qué ese dinamismo inexhausto del mar, ese voluble alentar del viento, esos etéreos y magníficos torrentes solares, si no prestan un poco de su esencia al cuerpecito enfermo y pueril? ¿Qué cruel divinidad indiferente contempla este espectáculo a través de la lente del cielo, sin temblar de piedad? Y por matar al pensamiento impío, os decís que quizá esa niña está cursando la gloriosa carrera de ángel, tan difícil...

III

Le llamaban Gaviota. No atendía de otro modo. Apenas alcanzaba los doce años. Era, en efecto, un pilluelo de la playa, una gaviota sin alas. Su madre murió cuando él naciera. Su padre fué pescador. Se hizo al mar un día de Octubre; limpia mañana clara, como si el verano, por un olvido, se la hubiera dejado atrás. La tormentosa tarde fué como la expresión del odio del

otoño hacia la intrusa. Y ya no volvió nunca el modesto marino...

Recogió al muchacho tío Bautista, un viejo lobo compañero del padre. Mas el poderosísimo instinto de libertad que se desarrolló bien pronto en el pequeño le hizo desertar de este refugio, acaso con íntima alegría de su protector, tan pobre casi como el niño. Durmió en el estío sobre blandos colchones de algas secas, cara al cielo; en el invierno, no le faltó nunca el refugio de los venerables cascos jubilados que se pudren lentamente, varados al arrullo del mar; el mar tiene a veces blandos ritmos de canción de cuna. Vistió ropas holgadas y andrajosas, desechos de los otros. La cabeza y los pies desnudos siempre, la piel tostada como la corteza de los panes de duro trigo. Comió de los despojos de la pesca y de los regalos del mar, como las bellas aves que llevaban su nombre, y de la generosa limosna, que nunca niegan las humildes gentes. Y en los meses del buen tiempo, cuando la muchedumbre del interior acude a la costa a remojar sus lacras y a lavarse la roña de todo un año, Gaviota

alcanzaba horas opimas, de abundancia y bienestar.

Marchaba por la playa hacia las Puntas, a la cotidiana pesca de mariscos, cuando encontróse con Margarita por primera vez. Sin comprender, miróla indiferente. Pero en días sucesivos le sorprendió su larga permanencia en la orilla, su carrito, su inmovilidad... Acercóse a la enferma con timidez, empujado por esa invencible curiosidad de los niños. Le alentó una mirada de la madre.

—¿Es que estás mala?

Tenía los ojos cerrados Margarita. Levantó los dos pétalos de lirio de los párpados.

—Sí.

—¿Y estás siempre acostada?

—Siempre.

—¿Y nunca te levantas?

—Nunca.

Quedó Gaviota junto a la pequeña, en silencio, no sabiendo qué hacer ni qué decir. Buscaba en la sima de uno de sus bolsillos, en el arremangado pedazo de pantalón que era todo su traje. Sacó una frágil

concha de caracol, uno de sus juguetes de nácar, el mejor entre todos...

—Te lo doy; para tí.

Y lo puso en la mano transparente de la niña con rara delicadeza instintiva, como si le entregase un tesoro. Y, lleno de vergüenza, echó a correr...

IV

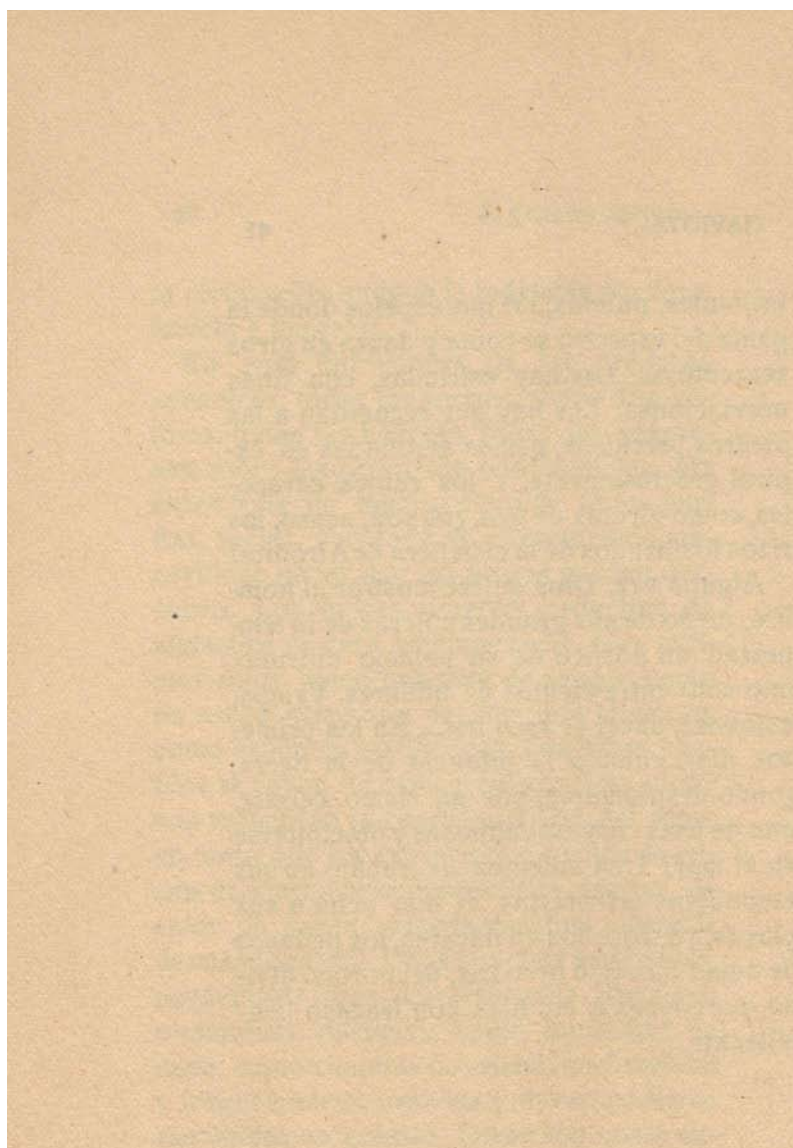
Seduce esa humilde maravilla innumerable de las conchas de mar, ese festón polícromo de las playas de todo el mundo: desde las vulgares telinas y las sedentarias patelas, hasta los grandes tritones que guardan eternamente, en su retorcida cueva, el largo, ronco mugir del oleaje; desde las tersas pechinas de aserrados bordes, hasta los prestigiosos múrices que dieron a

la civilización antigua la indeleble púrpura, fenicia e imperial.

En esas floraciones de las praderas oceánicas, todas las formas, todos los colores, todas las bellezas, todas las sorpresas, todos los caprichos son posibles. Os encontraréis un macizo cono de tintas pardas, sucias, y es toda su estructura de maravilloso nácar que los ácidos pueden descubrir. Los ónices parecen pedacitos de alabastro de rara transparencia. Hay bulmos rojos, como una gota de sangre, como un ascua; otros son de impoluta blancura, como espumas petrificadas. Los albos nautilos se rayan de ocre, y las conchas ciprinas recuerdan la caprichosa piel del tigre, en tanto que los estrombos gigantes se erizan de marmóreas puntas, y la nerina, de color de carne, remeda una fina pirámide de rosado marfil. Unas conchas son breves, pequeñas; otras, desmesuradas. Unas son traslúcidas, vidriosas, como laminillas de mica, como chapitas de cristal, quebradizas y frágiles; otras, pesadas y duras, se dirían esculpidas en granito. Otras son como encajes, con foliaciones de acanto. Las hay

brillantes, pulidas, tal que espejos donde la gama del espectro se copia y danza en giros serpentinos. Las hay estriadas, con finas nerviaciones. Las hay que recuerdan a las piedras preciosas, gemas arrolladas en espiral graciosamente. Y los rubios caracoles, como virutas de oro, ¿no son, acaso, los rizos fosilizados de la cabellera de Afrodita?

Alguna vez, Dios quiere mostrar al hombre, luego de sus grandes cóleras de la tempestad, un pórtico de su palacio altísimo, uno solo entre cientos de millares. Vemos, entonces, nacer el arco iris... En los primeros días, cuando la infancia de la tierra, ¿pudo desplomarse, por un sismo celeste, una de esas curvas luminosas y precipitarse en el mar? Tras milenios de trabajo en sus escondidas orfebrerías, el mar echa a sus playas, ya trocados en nácares, los pedazos de aquel hundido arco iris, del pórtico divino que cayera a las olas con fracaso centelleante...



Fueron buenos amigos Gaviota y Margarita. Sintieronse atraídos fuertemente, con inconsciencia poderosa, los espíritus de aquellos dos niños, encerrados en tan distinta cárcel carnal. Quien sabe si por eso... Pálida, blanca, créreamente blanca, triste, débil, la nena. Bruno, curtido, de yodada piel, alegre, fuerte, el muchacho. Un capullo de orquídea y una rama de ce

dro. Flor de estufa cerrada, árbol de bosque. Muy pronto ella no pudo pasar sin él, con alegría inmensa de la madre, que la veía contenta si estaba allí Gaviota. Y estaba siempre. Siempre que no se lo impidiera el cumplimiento de los caprichos de la niña...

—Gaviota, tráeme conchas bonitas.

—Gaviota, busca ahora mismo una estrella de mar.

—Gaviota, quiero en esta copa un pescado vivo, que nade bien...

Lo tenía todo Margarita sin tardanza. Y se embelesaba oyendo contar al bravo amigo las incidencias de la adquisición. Las conchas se toman fácilmente, sin esfuerzo ni peligro, en los dilatados arenales costeros. El pececillo que se revolvía con viveza en la copa y la llenaba de pequeños relámpagos de plata, lo había atrapado en las charcas de la barra, breves lagos espejeantes que los embates marinos forman tras la línea de rocas en que las olas se desventran. Pero la estrella de mar... Fué preciso que Gaviota explorase la cueva de la Punta, vasta caverna que el mar ha labrado en las entrañas del cabo. Se llega hasta la boca

de la gruta por un derrumbadero informe y colosal. Es pequeña la entrada. Carece por eso la oquedad de luz. Una penumbra verdosa, un resplandor de acuario la llena lívidamente. Caen de lo alto delgadas estalactitas, rotas por la húmeda mordedura. Casi todo el suelo forma como un vaso de agua muerta y negra. Alguna vez palpitan en ella ligeras ráfagas fosforescentes, vago temblor azul. Y este vacío que las olas han arañado en la piedra, siguiendo un filón de caliza en el granito, es para ellas como una caja de resonancia. Su voz de monstruo tiene allí cien ecos. Cuando el mar se rebela entran sus zarpas glaucas en la gruta con frenético hervor, presionando el aire confinado. El aire, ante el acoso, reacciona, se defiende: la angosta boca de la caverna vomita desmesurados surtidores. Luego vuelve a sorber, con un ronquido inaudito de prehistórico cetáceo en paroxismo de rabia. Y en las horas de calma y de silencio, el chapoteo más leve produce extrañas reduplicaciones musicales, como la vibración de una copa de cristal. Diríase, entonces, que nace de las sombras un leja-

no canto de sirenas, fascinadora y dulcísima sonata monocorde. Oída en la noche la subyugante llamada, todos los marinos pondrían hacia las rocas las proas de sus naves, destrozando las quillas en los veriles, si el vigilante faro, desde la cima, no lanzase su luminoso alerta, que rompe el sortilegio...

Por complacer a Margarita, bajara a la cueva en un día de tempestad...

—Hoy no fué gracia; está la mar serena...

—Sí fué gracia, Gaviota. Además, yo no quiero que te pase nada malo. Y por traerme la estrella, toma un beso...

Lo besó la madre también. Gaviota quedó inundado de vergüenza y de felicidad, dos sentimientos para él desconocidos que se abrieron de repente en el desierto afectivo de su alma, como dos prodigiosas corolas, y llenaron su corazón de inefables, purísimos perfumes. El pilluelo de la playa, la humana gaviota en orfandad absoluta de cariño, sintió hinchársele el pecho de sollozos de gozo, y cómo al mismo tiempo—¡cosa rara!—quería reír y llorar...

(¿Y tanto por un beso? Sí, tanto por un

beso, amigos míos, niños dichosos que tenéis madre, felices, venturosos niños, en cuyo rostro ya no queda un solo rinconcito sin acariciar. Vosotros estáis hartos de la miel divina que Gaviota gustaba por primera vez, embriagadoramente. Como si fuese ciego y, de pronto, se le metiera el sol por las pupilas...)

VI

El penúltimo día de Agosto, sorprendente mutación en el teatro del cielo. Primer ensayo general del otoño.—La canticula es una fruta dehiscente y, bien madura, se agrieta y abre toda, y vierte sus gotas últimas de miel. Algo nuevo, que ha de sucederle, tiene prisa por llegar.—Ya no más cielos puros, quietos y calientes. Hasta ayer, ¡cuán hondos y serenos, cuán bruñi-

dos! Hoy parece que han pasado por su cristal una gran esponja húmeda y le quitaron el vaho del calor, enfriándolo, preparándolo para los revueltos días...

Y está todo listo para el ensayo general. Personajes: las nubes, los vientos, la electricidad. Preparada, así mismo, la tramoya: el gigantesco bombo del trueno, las bengalas del relámpago, los fuelles del huracán. El espíritu de Wagner dirigirá la orquesta.

Barrocas nubes opulentas, blancas y rotundas, de andar pesado, titubeante, como si no supiesen donde ir, cubrieron, desde el alba, toda la bóveda. Remedaron, sobre la serena agua del firmamento, una escuadra numerosa de viejos galeones, desplegada al aire la fastuosa albura de sus velas. Trabadas luego prietamente, se condensaron y descendieron hasta adquirir tintes sombríos. Las masas de vapores que parecieran bloques de mármol sostenidos por maravilla en el éter matinal, después fingieron, ya fusionados los dintornos, una altísima y estática polvareda, humos densos e inmóviles. Bajo el fondo uniforme, nacieron estratos oscuros, fuliginosos, co-

mo imprecisas rayas de carbón. En el centro del día pareció llegado el crepúsculo de la tarde. Se puso negro el mar, con aceras ráfagas, y por ello se hizo más blanco el penacho de las olas; así es nieve el marfil de los dientes en la faz etíope. Una gran calma, una pesada y angustiosa calma gravitaba en todo, como si la mano de Dios estuviese oprimiendo el corazón del mundo. Se formó en el cenit como una vejiga de nieblas rojizas, flavas, de color de melena de león. Hinchida por fuerzas interiores, desgarróse al fin. Y de pronto, un trallazo de lumbre fulminante rajó la altura con su espadón de fuego. Luego, en ronco redoble, los tambores celestes anunciaron que la cabeza del estío acababa de ser guillotina...

Cayeron anchas gotas cálidas y pesadas, como de sangre, que grabaron en la febril arena su huella circular. Rompió el viento las cadenas que lo apresaban y se derramó por toda la anchura del espacio. Bestia exasperada cuyas mil zarpas invisibles se hincaron en las nubes y en el mar. Desgrados así los odres de la lluvia, cayó to-

rrencialmente formando largas, trémulas cortinas de cristal. Y la tierra, torturada por la agosteña calentura, bebió con ansia los raudales dulces y copiosos, como un hidrópico de bocas infinitas e insaciables.

VII

Presenciaban Gaviota y Margarita la zarábanda de los meteoros desde el quieto refugio de la habitación de la nena, pegado el lecho a los cristales donde ponía la lluvia su esmeril de lágrimas. Un estremecimiento leve y rápido quiso mover el pobre cuerpo inerte. Acudió la madre con rapidez...

—¿Tienes frío, mi vida? ¡Nubes malditas,

que nos han robado el sol! Ya te hará daño bajar a la playa. Dijo el doctor:—«En cuanto llueva, lejos, lejos del mar, a la montaña, a las alturas. A esperar entre los pinos otro verano».—Para entonces, estará curada mi reina. Nos iremos mañana. ¿Te vienes con nosotros, Gaviota? ¿Te vienes con Margarita, a la sierra, al sanatorio?

Gaviota quiso gritar que sí. Pero la alegría le apretó el pecho con tal fuerza que no dijo nada. Y ya, proseguía la señora.

—Pequeño Gaviota, no puedes venirte... Te quiero porque quieres a mi hija, porque te quiere ella. Te quiero porque eres huérfano, porque eres bueno, porque eres guapo, porque sí. Yo cuidaré de que pases bien aquí el invierno, de que no te falte nada, y nos esperes contento. Volveremos por tí. Pero no puedo llevarte ahora, como yo hubiera deseado. No vamos a nuestra casa. Allí sí irías tú. Vamos a un sanatorio. ¿No sabes lo que es eso? Un sanatorio es una casa grande, grande, donde van los niños que no pueden andar. Para que te dejasen entrar allí, Gaviota, habrías de estar cojo, por lo menos...

VIII

Noche relampagueante, en la lejanía,
mar adentro. Ha cesado la lluvia. Los
girones de la tormenta, agrupados en un
rincón del cielo, intentan rehacerse. El cenit
está limpio, con las estrellas recién lava-
das...

Pasa la carretera por las puertas de la
alta verja que aprisiona a la casa de Mar-
garita. A la luz de los astros finge el cami-

no una blanca sierpe dormida. Sentado en la hierba del talud, junto a la verja, está inmóvil Gaviota.

Remotamente se inflaman las bengalas de la tempestad, como señales inexplicables. Gaviota mira los guñíos luminosos. Son los resplandores de las antorchas con que el otoño en ruta, ilumina sus pasos por los viales celestes...

Tendido el muchacho en el miserable regazo del pobre césped agostado que tapiza la cuneta, parece entretenido con la lejana fiesta eléctrica, o con la escucha de los ruidos nocturnos: he aquí una vaga sinfonía cuya nota fundamental, sostenida, monócorde, es el eco de las rompientes; élitros vibrátiles de insectos escondidos caricaturizan la flauta o el violín; el viento, sabiamente, pulsa en las liras de los árboles las cuerdas de las hojas. Ahora se oye venir un automóvil, con rápida trepidación casi musical.

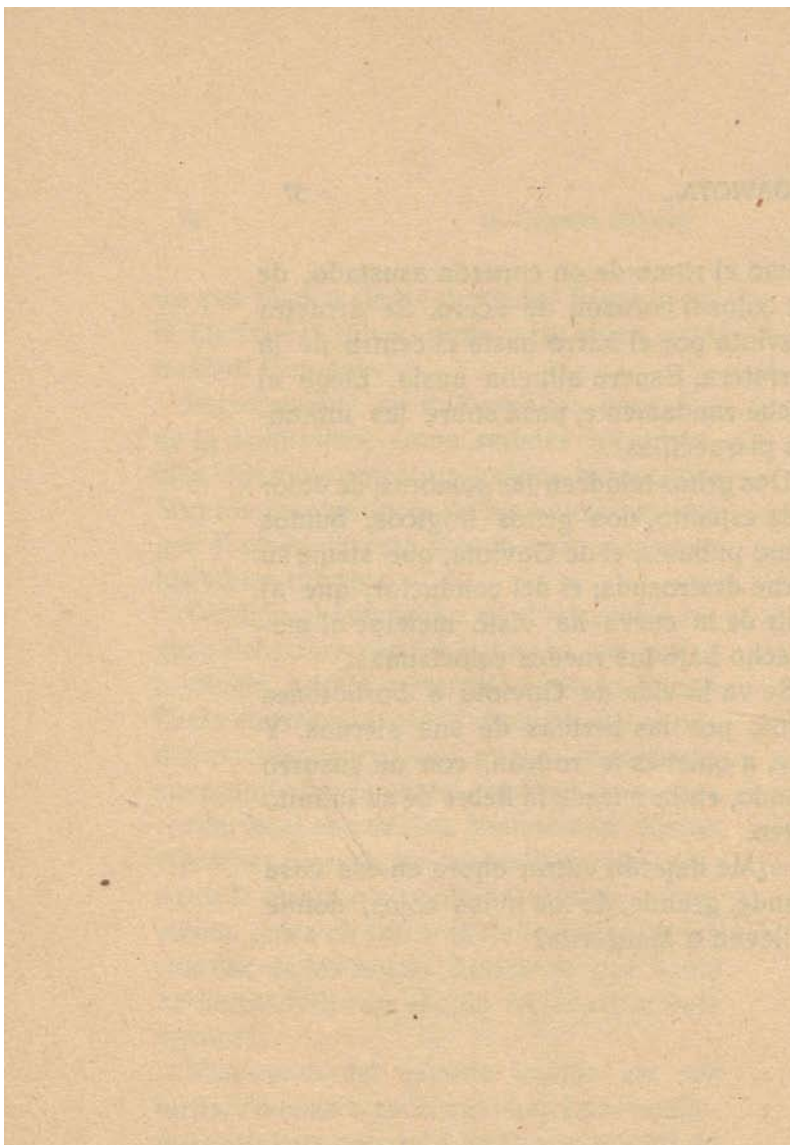
Una curva del camino impide ver sus faros. Avanza a toda marcha. Las vertiginosas palpitaciones del motor expanden, en la noche, sus apresuradas hondas sonoras,

como el ritmo de un corazón asustado, de un colosal corazón de acero. Se arrastra Gaviota por el barro hasta el centro de la carretera. Espera allí con ansia. Llega el coche raudamente, pasa sobre las infantiles piernecillas...

Dos gritos taladran las sombras, de dolor y de espanto, dos gritos trágicos, buídos como puñales; el de Gaviota, que siente su carne destrozada; el del conductor, que al salir de la curva ha visto meterse al muchacho bajo las ruedas velocísimas.

Se va la vida de Gaviota a borbotones rojos, por las heridas de sus piernas. Y dice, a quienes le rodean, con un susurro blando, en la mirada la fiebre de su infinito deseo.

—¿Me dejarán entrar ahora en esa casa grande, grande, de los niños cojos, donde se llevan a Margarita?



SINCERIDAD

SINCERIDAD

He aquí la pintoresca exedra. En su centro, una ideal mesa de mármol; y yacente sobre ella, el cuerpo desgarrado y palpitante del primer amigo en ausencia que ha acudido a nuestro recuerdo, en la cotidiana evocación. Las rojas sierpecillas de las lenguas ávidas y nerviosas, como bisturíes vivos se hunden con gozo cuerpo adentro, alma adentro; cortan, hienden, seccionan, cauterizan... Divino, dulce placer éste. O agridulce, mejor... Y de pronto nos miramos un poco avergonzados, acaso

arrepentidos de haber ido demasiado lejos, de haber sido excesivamente crueles, o quizá pesarosos de nuestra timidez, que nos impide decir esta deliciosa enormidad que estamos pensando y que pugna por asomarse a los labios llena de gracia, de impiedad y de envidia vergonzante...

Pero ha ido atardeciendo. La sombra, agazapada en los rincones, sale de ellos muy despacio, en tanto que la luz se va pintando de rosa, y luego de violeta o de un opaco, vagoroso, patético azul. Y se nos entra por los balcones, y siéntase a nuestro lado amicalmente, la vieja emoción vulgar del véspero, que nos hace un instante enmudecer...

Mas la greguería torna pronto, con nuevos bríos tras del descanso breve. Se hizo la luz eléctrica con súbita explosión. Ya está iniciada la discusión eterna sobre literatura, sobre literatismo; polémica zigzagueante y estruendosa, desigual, llena de incoherencias, a veces encendida con relámpagos polícromos; una frase que se irisa con resplandores internos, un tropo que fulgura y chispea como luz de bengala, una

alada ironía cortante, o una mordacidad, corrosiva como un ácido; a veces, largamente hundida en la mediocridad más española. Y en esto llegas tú, buen amigo burgués.

Vienes de comer callos en una exigua huerta de la periferia urbana, toda estéril y gris, y de beber ese espeso vino morado que empaña suciamente, al escanciarse, la bella transparencia diamantina del vidrio con un plebeyo vaho sanguinoso. Hiedes a gasolina de motocicleta, que huele mucho peor—nadie sabe la causa—, que la gasolina de los automóviles. Y al pronto no te asustan nuestros gritos, asordado como estás por el escape horrisono de tu máquina. Pero reaccionas sin tardanza, inadaptable al medio...

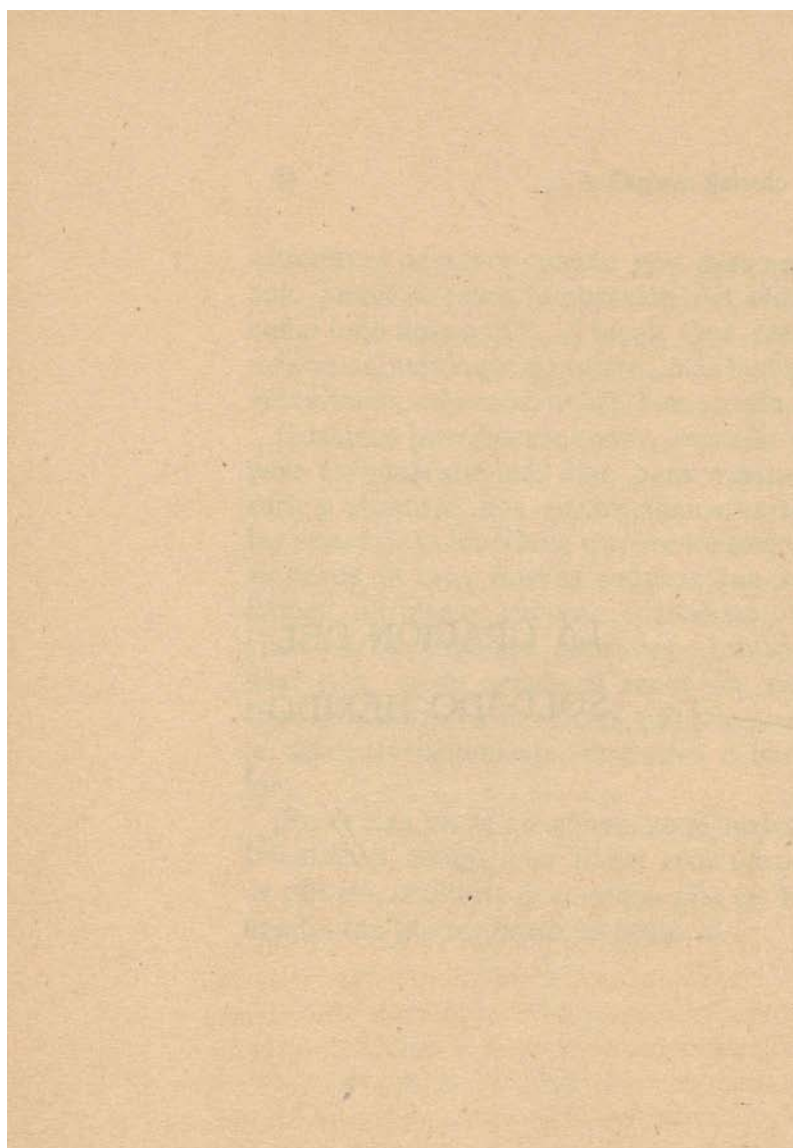
¡Cómo te horrorizas de oírnos feliz hermano craso, y con qué hondo y despreciativo rictus frunces tus gruesos labios para disimular la risa que te causa nuestro vano, violento debatir! ¿De qué cosa útil, comprable o vendible, estamos hablando? ¿Qué beneficio material, pesante, tangible, digerible, es el objeto de nuestro afán? Y te

estremeces de pavor cuando nos oyes que sólo ambicionamos la posesión del ideal como todo tesoro. ¡Oh, el ideal! Qué cosa más tenue, más vaga, más etérea, más hueca, más efímera: espumas, nubes, humo, nada...

Gozamos puerilmente con tu espanto; y para deslumbrarte más aún, para exasperarte y aturdirte, nos encaramamos hasta las cimas de la hipérbole o sobre los lomos sinuosos de esos nuevos pegasos que se llaman ultraísmo, cubismo, dadaísmo. Y ellos hacen absurdas cabriolas—¿absurdas? ¡Oh, quién sabe!—al sentir en sus flancos nuestro vario acicate, péndulamente, desconcertantemente admirativo o burión...

¡No te rías, no te asombres, no te burles! Intentamos, amigo, con todos esos pasos de pirueta, ocultarte que somos, allá en lo hondo, tan pobres hombres como tú...

LA ORACION DEL
SOLDADO HERIDO



I

La sala está inundada de rubio sol de otoño, de brisa bien oliente que se adentra por las abiertas ventanas, de claras risas juveniles. Está envuelta la cama del doliente por un halo inefable de afectos purísimos, de bondad, de interés, de admiración.

Vive el convaleciente en el centro de esta atmósfera simpática que le oprime con dul-

zura, como abrazándolo, y de ella respira y se nutre en estos blandos días de su renacer. Y bajo el halago suave de las sábanas, el herido se entrega a la agridulce voluptuosidad del recuerdo...

II

Agazapado tras las grandes piedras que le protegieran hasta entonces de las balas enemigas, disparaba su fusil mecánicamente. No pensaba en nada ni en nadie. Ningún temor se le hincaba en la carne, estremeciéndola, escalofriándola, como aquella mañana, hacía unas horas, al salir del campamento para escalar el monte maldito. Ante la inercia de su cerebro, hubiera

dicho que era como una caja hueca, toda llena del humo de los disparos: de estas leves, efímeras, cercanas nubecillas azules de la fusilería, y de aquellas otras lejanas manchas densas que vomitaban los cañones roncós y asordantes: sólo niebla de pólvora su pensamiento... Y seguía disparando como un autómeta hacia la otra orilla del barranco, toda erizada de espinosas chumberas y de aceradas, rígidas pitas, maraña impenetrable, salvaje nido de traición.

Descendía del seco y hondo añil celeste la ardentísima catarata solar, como una maldición divina para los que aquí abajo se mataban. Fuego hecho luz llenando desbordadamente todo el áspero paisaje: las pedregrosas lomas, fuerte baluarte del enemigo; la llanura esteparia, manchado su ancho gris con la sucia albura de los campamentos; y tras de éstos, el mar; el susurrante mar de azul profundo, cuya otra orilla es la patria...

Sintió de pronto sed. Fué un súbito, formidable, doloroso despertar de sus mucosas, adormecidas, del mismo modo que su

espíritu, en esta densa inconsciencia presente, coronamiento de la tensión nerviosa de tantos días: sosiego, acorchamiento, indiferencia ante el peligro, luego de la inquietud y el supernerviosismo de la espera.

Sintió de pronto sed, y la tortura de saber, con absoluta certeza, que no podría calmarla. El aire—vaho de horno—socarrábale los labios. Los dardos solares herían su piel implacablemente. Y ni una mancha de jugoso verde en toda la calcinada perspectiva, donde apacentar siquiera los ojos deslumbrados...

Mas el deseo ávido pareció acallarse ante el espectáculo que se ofrecía a su vista, ocupándole toda la atención, admirándole, llenándolo de un júbilo inmenso y cruel. La artillería había logrado concentrar sus destructores fuegos sobre el macizo vegetal donde se amparaba el enemigo. Caía la lluvia de granadas en el bosque de inextricables cactus que había protegido hasta ahora a los moros. Y se les vió salir del ya inútil refugio, y trepar monte arriba con ágil cobardía, en busca de los inexpugnables peñones de la cumbre.



A. Cegarra Salcedo

Y como hendiese el aire en calma la voz vibrante y presurosa de un clarín ordenando ataque, metálico grito que otros clarines fueron corroborando a lo largo de toda la línea de batalla, desde las cimas hasta el llano y hasta el mar, salió de su refugio hacia adelante, en persecución de los fugitivos, poseídos ya por la embriaguez de los combates en sus momentos de culminación, borrachera de muerte...

Exclamaciones de júbilo, desgarrados lamentos de dolor, imperativas voces de mando... Y el golpe seco y breve de la fusilería, y el rápido tac-tac de las ametralladoras; y al fondo, como temático motivo, el ronco, largo trueno—voz de león—de los cañones: bárbara música cuyos calderones arbitrarios permiten oír el estertor agónico del caído para siempre. En el estruendo máximo, etérea, loca zambra de mil sonos discordes, invisible batalla de las vibraciones sonoras sobre la otra sangrienta batalla humana, se abre pronto una pausa, sima de silencio entre los dos paréntesis de ruido apocalíptico que lo encierran. «¡Madre mía!», se oye entonces en el

mutismo trágico. Y todo el horror y todo el dolor de la guerra parecen condensados en esa última llamada, en ese desesperado grito final. Y la batalla se espanta de sí misma, y para ahogar la voz de su víctima, para no oírla, redobla y multiplica su destructora furia.

Eso dijo él cuando lo hirieron: «¡Madre mía!». Y nada más. Perdió el conocimiento. Cayó rodando al fondo del barranco. Era de noche cuando volvió en sí. Se encontró cara al cielo, frente a las indiferentes estrellas. Primero sintió frío, un frío intensísimo que le hizo castañetear los dientes. En seguida, calor de fiebre en crecientes oleadas. Y sed, una sed horrorosa, una sed inexpressable, una sed de caminante perdido en el Sahara, una sed de balsa de la «Medusa», una sed de infierno dantesco, una sed de miles de años... Hincó las uñas en la arena del barranco, y la halló ardiente, aún más ardiente que su propia carne, sin un vestigio de humedad. Intentó incorporarse, y un dolor vivísimo que le sacudió el pobre cuerpo, sin que pudiese precisar donde le nacía, estuvo a punto de desvanecerlo nue-

vamente. Y como le pareciese que estaba herido en el pecho, levantó hasta él las manos, con un esfuerzo que casi le extenuó. Mojaron sus dedos un líquido copioso y tibio: sangre. Y en ella los empapó, y llevándoselos a la boca de tumefactos labios ávidos, los chupó con fruición, una vez y otra...

III

Inconscientemente, ha pedido agua. La vigilante enfermera acude a ofrecérsela, con una maravillosa, bellísima sonrisa que al herido le parece trasunto de algo celestial e indefinible. Luego de las evocadas torturas, esta felicidad en que se baña la estima como un divino regalo...

Y en el suave sosiego de la sala, bajo la mirada solícita de las santas mujeres vesti-

das de blanco, el herido se ha puesto a rezar en voz baja, dulcemente:

—Bendito sean, Dios mío, todos los dolores pasados, porque ellos me han traído a la presente ventura...

MIRANDO A LO ALTO

Un dolor vivo y hondo me corroe. ¿La traición de un amigo en el que puse toda mi fe, o acaso el engaño de una mujer a quien dí mi espíritu por entero? No importa la causa, sino el quemante desasosiego y la tortura desgarradora, que se hincan en el cuerpo y en el alma como finas espinas ponzoñosas. Y he sentido nacer allá adentro, en lo más obscuro y recóndito, el torrente desatado de la ira ciega, que es un irrefrenable caudal maldito de aguas negras y pestilenciales.

El turbión sucio me envuelve, me acosa; me dominará pronto... Pero yo intento resistir. ¿Hacia qué puerto seguro he de dirigirme? ¿Dónde se hallan la paz sosegadora y la aquietante calma que me salven?...

Por la abierta ventana se ve un gran pedazo de cielo desvaidamente azul. Es ya el atardecido. Se diría que presiente la frialdad del cercano tiempo de otoño, y las inacabables y polícromas fastuosidades de sus crepúsculos.

La noche, agazapada tras las altas montañas que cierran la llanura hacia el Oriente, llena de prisa y de odio, ha lanzado una flecha de su aljaba contra el enorme corazón de la tarde, y la ha clavado en mitad de él. Comienza a brotar sangre por la ancha herida, y todo el cielo, antes pálido, se tiñe de vivos tintes: es que ha empezado la agonía lenta y suntuosa de la luz; se lleva ella clavada la flecha en su pecho; y a la mañana, en la hora de la resurrección, habrá de devolverla, hincándola en el cuerpo etíope de su enemiga, que sangrará a su vez...

Y ahora, en lo alto, comienza la orgía

del rojo con todos sus matices y sus aspectos, desde los graves morados y la púrpura antigua, hasta el carmín y los corales, y el suave y tibio rosa femenino y carnal; bordados de rubí sobre amaranto con cenefas flamígeras; ígneos cráteres hondos y profusos; surtidores de lava de grosella, de granate y de minio; fulvos lagos de fuego donde hierve la luz; largas fajas de anaranjada transparencia, con flecos irisados y finísimos; manchas oscuras, de un gris candente de hierro en la forja, manchas de nubes que dibujan siluetas extrañas y movedizas de compleja estructura; animales absurdos, pétalos irreales de una flora de ensueño, fantasmas imposibles; todo este raro mundo danzando etéreamente sobre un lejano término de color malaquita. Y a esta agitada fantasmagoría de las tintas violentas, sucédese, con tránsito impreciso, la inacabable gama de los matices tenues, apagados, anémicos, en tanto que la noche va saliendo por encima de los pétreos picachos, y con los densos ropones que la envuelven limpia de sangre el cielo para borrar las huellas de su crimen. No queda

en la gran bóveda sino un inmenso manto de frío violeta acuoso, cual mojadadas cenizas. Y en él se encienden misteriosamente las lucecitas trémulas de los remotos mundos.

Primero es una sola y tímida chispa; luego, cien; miles muy pronto; o millones quizás..... Contemplo absorto cómo van naciendo silenciosamente, cándidamente. Aureas ascuas donde jamás ha de llegar ningún vuelo terreno; luces lejanísimas, tan apartadas del corazón que os anhela, insensato, como a novias imposibles. Aumenta vuestra lumbre y vuestro número cuando se borran del lienzo del cielo las últimas pinceladas diurnas; y extintos ya del todo los postreros vestigios solares, hundida la tierra en la sima de la sombra, es tan sólo en la infinita altura donde vibra la luz, refugiada en vuestros breves nidos de oro. Y en el cielo profundo y diáfano que es de purísimo cristal, forman legión innúmera los mágicos fanales.

Hay entre todos ellos un lucero magnífico, de tonos azulados, hacia el que van mis ansias. No quiero saber el nombre que dan

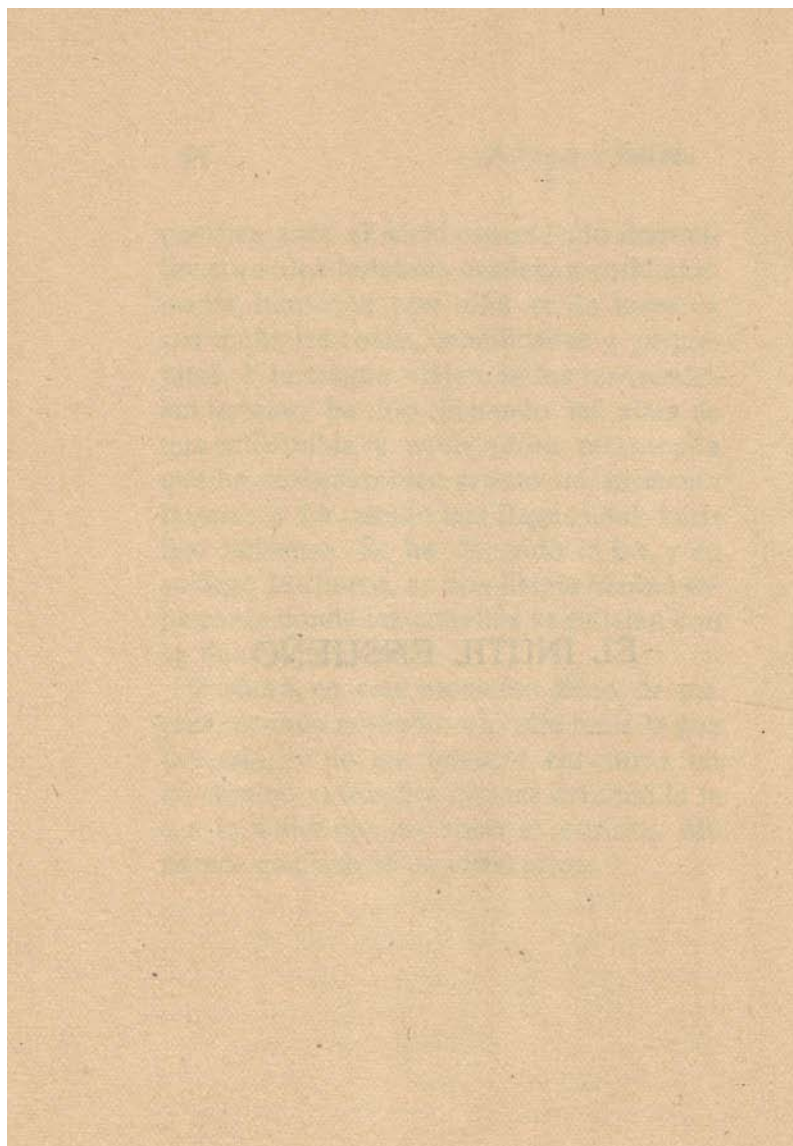
los astrónomos a ese mundo. Ellos lo habrán cubicado valiéndose de cálculos inexplicables y complicadísimos, de los absurdos logaritmos y de la fabulosa raíz del grado *ene* y representarán su volumen por un nueve seguido de veinte ceros; a mí me parece una leve chispa de diamante. Ellos habrán medido la distancia a que se encuentra de la Tierra, y es posible que sepan cómo su luz tarda en llegarnos diez centurias. Yo sueño que podría cogerse con la mano desde los curvos lomos de los montes. Ellos lo tienen catalogado en sus atlas como una estrella fija de primera magnitud. Yo no sé si es un verso o una rosa clavados en el cielo, o un ritmo luminoso, o el encendido corazón de una virgen, o acaso la inefable mirada de Dios... Y pienso que es un núcleo de oro donde siguen viviendo todas las almas buenas que aquí abajo se escapan de su cárcel; y con ellas los perfumes bienolientes que se desvanecen, las risas de los niños, las gotas de rocío que se evaporan, y esas dulcísimas lágrimas que a veces derramamos sin motivo real...

Estoy pensando estas cosas ingenuas y

pueriles ante el viejo espectáculo maravilloso que los hombres desdeñan cotidianamente, hundidos con afán en la tarea de sus múltiples cosas, complicadas y pequeñas. Y la magna visión de los horizontes sin término ha ido llenando mi alma de una indefinible y aquietadora melancolía que ha deshecho bien pronto mi tormenta interior, y ha curado mis llagas cual mirífico bálsamo. Se ha dormido la ira, y en sosiego la charca, es una limpia lámina espejeante donde las estrellas se reflejan con su dulce serenidad.

Y ahora, en este momento lleno de pureza, cuando mirando a lo alto hallé la paz deseada, ya no me importa encontrar en mi camino al hombre que me arrancó la fe o a la mujer que me robó el espíritu. Me parece que habría de abrazarlos...

EL INUTIL ENSUEÑO



Alguna vez—por dolor, por alegría, por
piedad, por rabia,—debísteis de llo-
rar. Pero la vergüenza, o la hombría, o la
corrección, yugularon esas lágrimas, re-
presándolas virilmente. Y en vez de salir a
la luz para vestirse de diamante—trajes
cristalinos de seda de iris, tornasolada y
fugitiva,—cayeron a lo más hondo del vaso
del alma; y allí quedó encharcado el amar-
go licor...

Luego, en la negra cisterna, ese agua pa-
rece muerta mucho tiempo, ciega e inmó-

vil, hasta que se evapora, para no corromperse, y llena enteramente la estremecida caja roja del corazón. He aquí, después, las depresiones del barómetro espiritual, que condensan en nieblas ese vaho de viejas lágrimas. Y ya ha nacido la Melancolía...

Entre los panoramas vitales y vosotros esa nébula gris, parecerá el contorno hecho de hoscas perspectivas, inasequibles y feamente manchadas de ceniza cuyo rescoldo ya está extinto. Cúbrese el medio día con gasas vespertinas, como si todo se apagara, por colapso de la generosa luz cenital y radiante que regala, en circular ofrenda, la fiesta del color. Cuanto vibraba en plenitud de vehemencia—luminaria o sonido—como reclamo o solicitud pasional, como voz que llamase al hombre, se amortigua y calla paralítico bajo la doble pesadumbre del silencio y la sombra. No se dispararán las flechas del deseo. No estará tenso el arco del afán. ¿Para qué? De la antigua alegría ardiente sólo queda una escoria en la que no es posible repetir el mito del ave fénix; tan grandes su frialdad y acabamiento. Y

es así nuestro dueño el Desencanto, pálido príncipe morboso...

Intentaréis—¡en vano!— poblar de quimeras el gran vacío interior, para colmarlo de algún modo, vueltos de espaldas al paisaje cuyos limpios cristales ha esmerilado la Melancolía. O quizás os domine el vicio extenuante del recuerdo. Con la varita mágica de las evocaciones, haréis salir de las tumbas del pasado los pobres esqueletos de las dichas de ayer. Y os parecerá vivo lo que tan sólo está galvanizado, y es como una empolvada caricatura de realidad que piruetea macabramente, en el escondido Guignol.

¡Romped el maleficio melancólico! Fundid de nuevo en lágrimas la opiácea, adormeciente nubecilla. Libraos de ese resorte sutilísimo que se os enrosca al alma con insidia, como una tóxica sierpe tropical, en volutas que parecen de humo y son de acero. Si logra trasfundiros su ponzoña, si os consigue oprimir, seréis ya siempre, siempre, sin posible remedio, esta cosa tan triste, tan idiota y tan bella: un soñador...

LA CALDERA

LA CALDERA

Francisco, el fogonero, hizo tragar al horno algunas paletadas de hulla. Después se irguió, limpiando con el duro dorso de su diestra las gotas de sudor que le bajaban por la frente, y así dejó en ella unas grandes manchas oscuras, semejantes a las que tiznaban su ropa. Y como sacudiera la tos su recio pecho, escupió un salivazo como de tinta.

Miró al reloj. Las seis. Ya se iniciaban en las altas ventanas de la nave, las primeras tenuísimas luces crepusculares, como un lejano y frío destello.

Negro por obra del carbón, rojo por la alta temperatura y por los encendidos reflejos del hogar, estaba feo Francisco; con el cuerpo giboso, sus largas piernas zambas, deformadas, nudosas, los simiescos brazos enormes, y aquella cara extraña, donde brillaban unas alucinantes pupilas, y donde parecía la boca una sucia sima abierta entre la tumefacción de los labios belfos...

A las siete—pensaba—vendría Manuel el maquinista. Vendría contento, alegre, rebosando el corazón de felicidad... Habían sido la noche antes sus esponsales con Matilde, aquella deliciosa muchacha del arrabal, bella y buena, que tanto lo quería; la misma moza a quien Francisco, hacía un año, habíase atrevido a cortejar, despertando la risa de ella y de todo el barrio.

Recordaba éste ahora, temblando de rabia, lo que le sucediera aquella tarde... Un amigo de la fábrica, que sabía escribir, trazó la carta de amor, llena de palabras sonoras y bonitas, que no entendía del todo. Con ella en el bolsillo se fué a la calle de Matilde, hacia la hora de la tarde en que

la moza se sentaba en su puerta, ya terminados los domésticos quehaceres, muy lavada, muy peinada, en el pecho y en la cabeza dos manojos de flores campesinas, de ésas que nacen solas en los días de sol... Llegaría decidido hasta ella, entregaríale el sobre y le diría: «Esta noche vendré a su ventana a recoger la contestación». ¡Aquella ancha ventana de los rojos claveles!

Entró en la calle con paso firme. Palideció de emoción. Ella, en efecto, estaba allí, en su puerta, sola, mirando jugar a unos muchachos que llenaban la tarde con sus voces alegres y violentas... Sucedíale a Francisco algunas veces, que los golfillos de los barrios bajos hiciesen burla de él. Y apenas le hubieron visto, corrieron a su encuentro y comenzaron a gritarle: «¡Jorobetal ¡Jorobeta!» En otras circunstancias los hubiera hecho callar pronto. Pero ella lo miraba... Y siguió adelante, envuelto en la burlona luz de aquellos ojos, rodeado de los insolentes chiquillos que le seguían llamando jorobeta, cada vez más audaces, sorprendidos de su indiferencia de automática. Y así pasó ante la moza, sin mirarla,

serio, lento, grotescamente digno. Y la mocita no pudo ya reprimir su risa, desbordada a torrentes, en crueles carcajadas...

La odió desde aquel día profundamente, sin dejar de quererla...

¡Y se casaba con Manuel muy pronto! ¡Este Manuel burlón, guapo y sano, de recias y rectas espaldas normales, que llamaba, por risa, tortuga al fogonero! «¿Dónde estás, galápago? — entraba gritando todas las mañanas—. ¿Y esa caldera tiene ya la presión? ¡Vamos a trabajar!»

¡Oh, sí! Cuando el maquinista viniese tendría toda la presión la gran caldera, capaz de transformarse en gigante arma homicida por un entorpecimiento *involuntario, imprevisto*, de sus complicados mecanismos...

Paralizó primero el aparato que da agua a la caldera; después, abriendo todo el tiro, avivó cuanto pudo los fuegos del hogar; lo cargó de hulla luego; tras de grandes esfuerzos, finalmente, logró impedir el funcionamiento de la válvula de seguridad. Y comenzó el manómetro a subir, lento, fatal, seguro, inexorable...

Llegaría pronto a una presión peligrosa; no era difícil sostenerla hasta minutos antes de la llegada de Manuel. Entonces huiría Francisco, a paso de lobo, mientras quedaba el otro frente a la inminente catástrofe, inevitable, arrolladora...

Y unos minutos antes de las siete entraba el maquinista. ¿Cómo notó en seguida que ocurría algo anormal? Su primera mirada, rápida, antes de advertir la ausencia del fogonero, fué para el manómetro. El corazón quedósele paralizado por el asombro, por el terror, por la duda también. ¡La aguja del aparato marcaba diez atmósferas!—¡Francisco! ¡Francisco!—clamó con una voz que no era la suya, voz de horror y de congoja, por él y por todos los hombres que trabajaban confiadamente alrededor del monstruo congestionado.—«¿Qué es esto? ¿Qué ha pasado aquí?»

El fogonero estaba lejos ya. La máquina seguía impasible su rítmica marcha, de monótono y acompasado són. Y en las entrañas de la caldera rugía la muerte...

¡Diez atmósferas! Se restregó con fuerza los ojos, pellizcó sus brazos, y volvió a

mirar. Eso, sí, marcaba el manómetro: ¡diez atmósferas... y media! ¡La máxima tensión, improrrogable ni un minuto! No había instante que perder. ¡Oh! ¿Dónde estaba Francisco? Entre los dos acaso podrían apagar el fuego; pero él solo... ¿Y abrir las válvulas, cerrar el tiro, dar toda la marcha al inyector de agua y a la máquina misma, podrían evitar la explosión? ¡Qué aturdimiento en su cerebro y en su voluntad! Hacerlo todo a un tiempo... ¡Esto no podía ser! Una cosa tras de otra, forzosamente... Pero... ¿cuál primero, cuál más importante, cuál decisiva? Corrió al aparato que da agua a la caldera: ¡parado! Lo puso en marcha. En dos felinos saltos de gigante llegó al tiro: ¡abierto! Lo cerró. En seguida, para consumir fuerza, dió a la máquina toda la marcha... Miró al manómetro: ¡once, Dios mío! ¿Y la válvula de seguridad, por qué no funcionaba?

Pensó en huir. ¿Tendría tiempo... ya? Dudó un instante, algo como un relámpago de espanto que alumbró su cerebro. Vió a esta luz lívida su propio cuerpo destrozado por la metralla. Y entonces llegó hasta él,

desde una de las altas y rumorosas naves, el canto de un obrero, ajeno, como todos, al peligro. Y Manuel se decidió a subir sobre la caldera. Quedaba la esperanza de que allí, en el piso refractario por donde surge la gran válvula, llegase a hacerla funcionar. Era esto casi un suicidio. Pero seguía aquel canto dulce y lejano, inundando toda la fábrica con sus olas de armonía, entre el argentino golpeo de los martillos y el grave zumbido de los aparatos; y ya no pensó en él, sino en quienes trabajaban confiadamente, seguros de la pericia de estas manos, un momento cobardes, temblorosas...

Saltó hasta lo alto del generador, rápido, agilísimo, sometiendo sus músculos a una tensión enorme. Y vió que para abrir la válvula era preciso un hierro recio y largo; una fuerte palanca y un sobrehumano esfuerzo.

Bajó. Buscó el hierro. Todo esto en segundos, en fracciones de segundo. Y no halló más que una larga barra casi metida en el hogar, y a tal temperatura que al pretender cogerla dió un grito de dolor, dejando en ella la piel de los dedos.

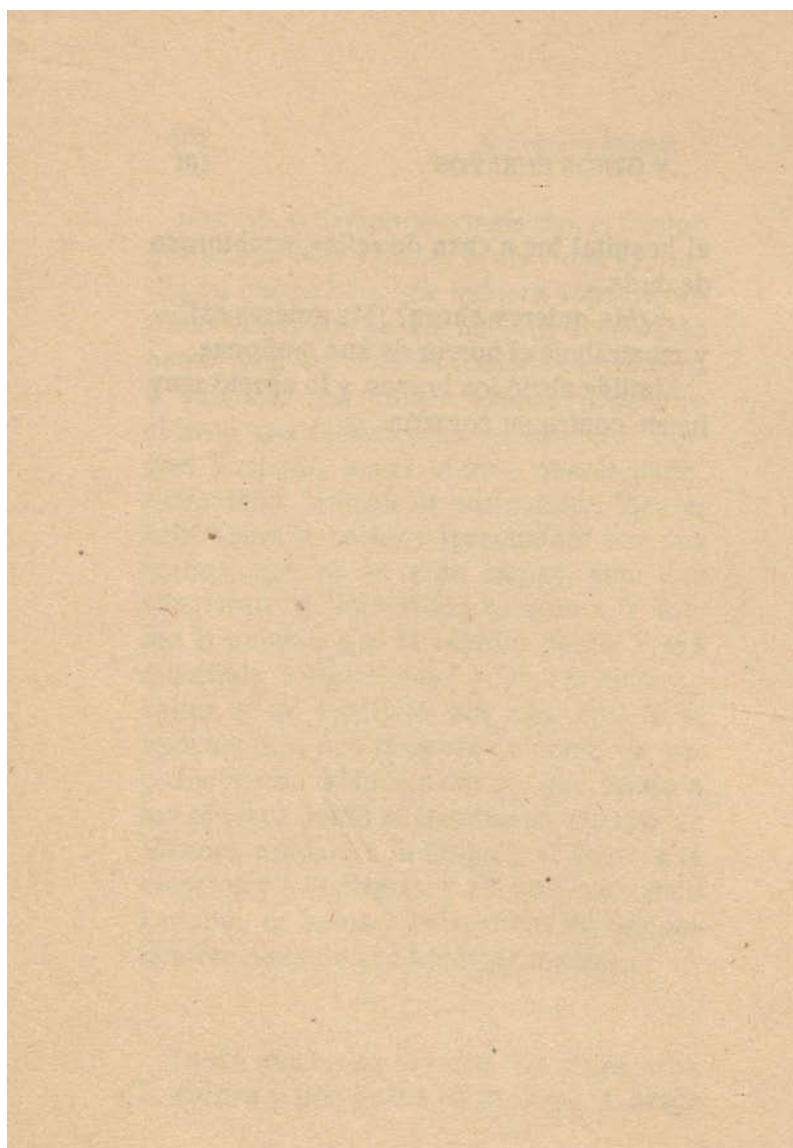
¿Perdió el tiempo preciosísimo, el tiempo que era su vida y tantas otras vidas en buscar un hierro frío, que hubiera sido encontrado tarde, que ya no hubiera remediado nada? ¡Oh, no! Manuel cogió la barra, fiero y sublime, con ambas manos. ¡Debieron chirriar sus dedos en un inconcebible hervor! Empuñó aquel hierro, obsesionado, extraviado, demente de una sublime locura; saltó sobre la caldera apretándolo con sus manos, que ya no eran manos, sino dos sangrientos y horrorosos carbones. Y formó la palanca que la válvula exigía. Y sus músculos, y su voluntad y Dios la hicieron saltar, y se precipitó por ella, con furia apocalíptica, una inmensa columna de vapor sibilante, blanco penacho que atrajo a los obreros junto al inanimado cuerpo de Manuel, rendido a la fatiga y al dolor, a la emoción y a la alegría, y así no sintió cómo llenaban de besos y de lágrimas las heridas monstruosas de sus heroicas manos...

Tardó mucho en curarse. Le amputaron la diestra y tres dedos de la otra... Y desde

el hospital fué a casa de «ella», tembloroso de duda...

—¿Me quieres ahora? ¿Me quieres así?—
y mostrábale el horror de sus muñones...

Matilde abrió los brazos, y lo apretó muy fuerte contra su corazón.



PAISAJES

PAISSAIS

EL VALLE

Por lo más hondo repta el río. El valle es ancho, circular, encinturado de eminencias, humildes y gredosas hacia una banda, ásperas y enriscadas por la otra parte, la del Sur. El río es humilde, de caudales magros, que en estío se soterran en una arena de oro, retostada, desértica; bajo su ardiente capa movediza, queda escondido el húmedo tesoro, que vuelve a ver la luz en los primeros días otoñales para copiar los fastuosos crepúsculos de púrpura, de fuego, de ámbar, de topacio. Son aguas gordas, rojas, sucias, que sedimen-

tan en las jarras una costra de almagre. Y en los remansos trémulos, donde el río quiere detenerse para alongar su vida, ya miedo del mar, parecen sus caudales una emulsión de sangre y cielo...

Ambas riberas nutren a los rizomas de las cañas, de foliación en bayoneta, y a las malélicas adelfas, y a los esbeltos juncos y mimbreras que hace vibrar la brisa con agrarios silbos. Sobre esta flora a ras de agua, se levantan—caen en desmayo triste—las ramas de los sauces, y el grupo musical de los grandes álamos con los troncos leprosos y las hojas temblantes. Vencido ya el talud del cauce, breves cuevas gemelas, comienza el naranjal que huele a novia en desposorio, el naranjal maravilloso cortado por viales de moreras artificialmente desnudas. Aquí y allá se abre la apretada fronda, y otros árboles en fruto, de un verde nuevo y delicado que no conoce el invierno, que ha nacido de besos del sol marzal, arraigan en los huecos del bosque oscuro y nevado de azahares y allí van hinchando los cálices de sus flores hasta hacer de ellas pomas.

Cuando la tierra se empina en promesa de monte, deja de recibir el halago del río. Entonces brotan de ella los contorsionados troncos del olivar, con la empolvada plata de sus copas, y los finos almendros que el sol de enero cubre de rosas impacientes. Y si la tierra insiste en la empinada, y la promesa de monte llega a ser realidad, abren los pinos sus sombrillas verdes para encubrir los afloramientos de piedra silícea, armazón y esqueleto de las cumbres. Más arriba, las fibras del esparto sirven de pobres cuerdas de arpa al rabioso viento de montaña. Y en lo cimero, los galayos desnudos, que saben hendir con sus cuchillos de pedernal el fofo vientre de la tormenta. Desde los pétreos lomos, se adivina el Mediterráneo, lontanamente, como una condensación de cielo...

¡Oh, el gran manto de cielo que cubre este paisaje, la limpia y comba lámina de zafiro que es su fanall Sólida agua azul de lagos irreales. Por ella, dulcemente, bogan los cisnes de unas nubes...

La tierra, enamorada del alto azul, quiere llegar hasta él, apasionadamente. Se

levanta la sierra con ese loco intento. Mas cansada muy pronto del esfuerzo de cíclope, se hunde en los precipicios, se deprime en barrancos pavorosos... Y la llanura, entonces, intenta herir al cielo con las puntas de lanza de los cipreses o el verde surtidor de las palmeras...

F R I O

Entre el monte áspero de piedra seca, mal trabada, parecido a un escorial, y la ancha serenidad marina, he aquí el pequeño llano, vestido de verde. Una mancha casi redonda. La casa, el centro. Un diámetro, el barranco que desciende desde los picachos a la playa, como honda tajadura dilatada en abanico, ya cerca del agua. Otro diámetro, el camino del litoral. La circunferencia del seto besa al monte y al mar tangencialmente. Tres cuadrantes son de prado. El otro, un ensayo de jardín.

Rosas vulgares al pie de la columna vibrante de una palmera, laureles, áloes, naranjos de fronda de charol. En un rincón soleado, huyendo de los vientos versátiles, se despliegan las grandes sábanas verdes de un grupo de musáceas.

Son altas cañas amarillas, de esbeltísima traza, de brillante color de miel. Arriba entregan a la luz los penachos de sus hojas, como desmesuradas velas que el aire desgarrar con chasquido sedoso. Están pintadas de esmeralda claramente. El sol hace brotar de este cogollo una gigantesca flor morada, como la hipertrofia de una magnolia cuyos cándidos pétalos se hubieran manchado de heces de vino.

Recordando su ardiente patria tropical, las colosales hierbas crecen con prisa y exhuberancia, animadas por el ejemplo de la vieja palmera, secularmente aclimatada. Es dulce el aire como un aliento de mujer. Es el sol cálido. Está el mar quieto, como amodorrado. Un largo, rítmico latido de corazón turba, de vez en cuando, su sueño de zafiro. Y las plantas exóticas, que un capricho ha puesto en este boceto de jardín,

no sienten la nostalgia de los climas nativos.

Pero se ha ido el verano hacia el otro hemisferio. En medio del otoño, cuando las musáceas han logrado su plenitud, una violenta sacudida corre por los cielos mediterráneos: reflejos del norte. Ya ha nevado en las altas mesetas, en sus contrafuertes montañosos. Y en esta noche de noviembre hace frío junto al mar irritado, hace frío bajo las serenas estrellas límpidas. Tiemblan las hojas plumosas de la palmera, que sabe que esto pasará. Pero el bosquecillo de las musáceas se estremece de espanto. El viento helado lo sacude sin piedad. Desgarra las hojas soberbias, las retuerce, las trucida, hace de ellas guñapos innobles; las piñas inmensas de las flores van dejando caer sus pétalos, abarquillados, retorcidos, como despojos sucios. Cuando el matinal sol piadoso haga morir al frío con sus millones de áureas lanzas, las cañas esbeltísimas de brillante color de miel sólo serán cadáveres.

En esta primera noche fría del año, pienso con angustia en la agonía silenciosa y

terrible de esas pobres plantas de las tierras febriles que el capricho ha hecho arraigar en el jardín. ¡Qué inexpresable tortura, su lenta muerte! Mientras ellas se hielan, fecúndanse allá lejos sus hermanas felices, bajo el radiante cielo ecuatorial...

EN LAS CUMBRES

La más ancha calle del arrabal, ya desnuda de edificios, sigue campo adentro con el nombre de Paseo de los Chopos. Retuércese entre cortinales, remedando la cola de un saurio tendido al sol. El suburbio alargado, grande y hediente, verdoso de años y humedad, costroso de roña, está echado junto al río, como un viejo y dormido cocodrilo.

Los finos, altos chopos copian las flechas de sus copas en los turbios cristales del regajal. Por ambos lados del paseo se derra-

ma la amplitud de la campiña. Más alto que las tierras de cultivo—fecundas tierras abertales dóciles al arado—el camino que paramentan los jarifos árboles es como un balcón abierto sobre la llanura, como un soberbio belvedere al que toda ella se ofrece sin secretos...

Cotidianamente, en el atardecido, salía un hombre de la ciudad. Desde el largo, sinuoso mirador, él gustaba, a lentos sorbos, la suave delicia del véspero. Cada curva del paseo renueva, modifica las perspectivas, las corrije y mejora, les otorga el don maravilloso de la variedad en la unidad. Y en sus contemplaciones, siempre volvía el hombre su dorso a la urbe. De tal modo le quedaba enfrente—término último, que cierra el horizonte—el gran lienzo dentado de la montaña. En esas horas dulces de la muerte de la luz, cara a la brava sierra, aprendió a amarla. Altozanos infantiles y mamblas de femenina silueta son los primeros contrafuertes del coloso, escalón inicial del inmenso graderío. Le siguen las colinas y los cerros que los barrancos tajan, y los montes adultos, con enmaraña-

das barbas y melenas de bosque, que cubren sus cabezotas pétreas. Y apoyándose en ellas, enhiéstanse las glabras cimas, audaces novias de las nubes, madres eternas de las nieves...

Llegó a amar la montaña, mirando en los ocasos su belleza invariable. El huía del hervidero pasional de la ciudad, que había sembrado en su corazón polen de gusanos, gérmenes inquietantes y malditos. Y el doloroso bullir de confusos deseos, de polimorfías apetencias que lo conmovían, aquietábase allí, en mitad de la anchura campesina, con el apagamiento crepuscular, como si las inquietudes cordiales no fuesen sino reflejos de la agonía luminosa. Y cuando había en su alma floraciones de paz, y era noche en el valle, aún quedaba mucho tiempo, en lo más alto de la sierra, un resplandor de rojas tintas tenues, faro de su sosiego. ¡Oh, alta, pura lucernal

Quiso ir hasta ella un día. Muy de mañana dejó la ciudad con paso de peregrino, en las horas imprecisas del alba. Era el cielo de plata nitescente, con tachas de oro pálido de estrellas. Se fueron apagando las

trémulas ascuas. El cruzó la llanura. Ya copiaba al zafiro la bóveda suma, cuando alcanzó el lugar en que la tierra empieza a hincharse. Nacen de ella troncos atormentados de olivos bíblicos. Les suceden los fustes del pinar. Y el suelo sube, decididamente.

Y penetró en el bosque. En los millones de verdes agujas de sus hojas quería copiar la brisa el ronco estruendo del mar. Voz sorda, larga y temblorosa, como un reprimido lamento varonil. Pronto se espacian, en la áspera ladera, los grupos de árboles. Se hace más rápida y difícil la vertiente. Bárbaros hacinamientos de peñones ciclópeos dificultan la ascensión. Son como las ruínas convulsionadas del palacio de los titanes. Y entre los bloques mal trabados, hierbas humildes abren sus flores olorosas.

Apretaba el corazón del hombre la argolla del cansancio. Quieto un instante, miró atrás: ¡qué pavorosa hondural! En lo más bajo, la nevada movediza de las nieblas matinales escondía el ancho llano con su flúido ropón. Y todo el pinar era un tapiz

tendido sobre los cimientos de la montaña..

Otro esfuerzo. Y ya, el ápice... Se sintió todo envuelto por la luz solar, gloriosamente, como en un baño de vapores de oro. Va la sierra de norte a sur, como un meridiano. El la había escalado por su bisel occidental. Y así, pasó de súbito desde la azul penumbra a las áureas lumbres cegadoras, ya alcanzada la divisoria culminante...

Cuando pudo expandir la mirada, ¡cómo se le metió por las pupilas la gigantesca maravilla del paisaje en círculo, del panorama hecho de inmensidades terrenas y celestes! Y quedó como en éxtasis, hincadas las rodillas en la más alta piedra. Nada, nada sobre su frente sino Dios...

Y en lo hondo...—La perezosa niebla se había sutilizado hasta desaparecer.—El mundo de los hombres ¡qué miserablemente pequeño! La ciudad ruidosa y bullente era una manchita gris rodeada por los diversos tonos esmeráldicos de la llanura: el verde jugoso de los huertos, el verde denso de las viñas, el fértil verde claro del maizal. El río, una delgada, cigzagueante barra de acero; los chopos del paseo y los

otros boscajes de la ribera, islotes pavonados emergiendo del glauco lago vegetal. Y los caminos tegían por la ancha planicie su amarillento enredo, como hilillos de seda cruda que bordase el capricho.

El aire de las cimas, inefable, purísimo, acarició los pulmones del hombre y le regaló el precioso presente de la euforia. Toda fatiga borraróse de su cuerpo, toda tristeza y hastío de su alma. Parecióle que había llegado en un vuelo hasta la cumbre, en un gracioso y fácil vuelo de alas propias nacidas en su espalda milagrosamente. Y alucinado, se tocó los hombros; sentíalas palpar, impacientes y poderosas, capaces de ademanes aquilinos. (Quitad a la atmósfera un poco de presión, agregadle un poco de oxígeno; he ahí sus efectos en el espíritu de un hombre de llanura y de ciudad.)

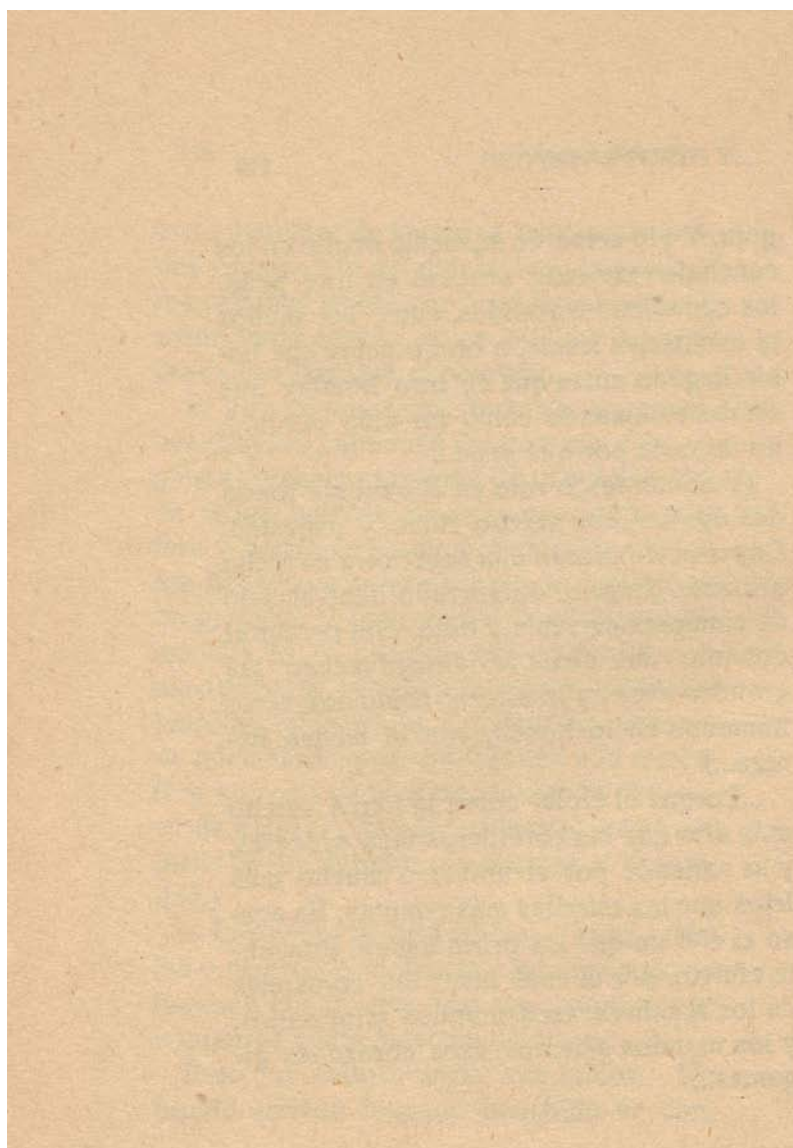
—Las cosas de allá abajo—pensó—tristes y negras, la violencia y las lágrimas, no llegarán jamás aquí. Son tan pesadas, feas e impuras como insectos deformes...

Pero un sollozo hirió sus oídos... Un hondo sollozo humano henchido de con-

goja. Y vió cerca de sí, medio oculto en los canchales cimeros, sentado en una peña, los codos en las rodillas, entre las manos la meditativa frente, a otro hombre que había llegado antes que él; otro hombre que estaba sollozando como un niño perdido, no importa por qué pena...

(Volaban largo rato en el azul sin fondo dos águilas, con sereno ritmo y majestad. Cayeron de pronto una sobre otra en lucha ardiente. Su grito desgarrado llenó el cielo de clamores de rabia y odio. Sin perder el dominio del aire, se despedazaban las grandes aves en la altura, como los seres humanos en lo hondo: con la misma fiera...)

...Porque el Dolor cubre la tierra mucho más alto que las cordilleras más próceres, y se extiende por el universo mucho más lejos que las estrellas más remotas. Es acaso el éter en que los orbes nadan. Punzante efluvio, por el cual laten los corazones de los hombres, esos mundos minúsculos, y los mundos sidéreos, esos corazones gigantes...



TAUMATURGIA

ALBERTA

EL MENDIGO INVÁLIDO

Aún era joven. Le cruzaba la frente un oblicuo tajo, una cicatriz morada, honda, de hinchados labios repulsivos, mame-lones amados por las moscas que él oxeaba de tarde en tarde con su único brazo apto. El otro, de mano en garra, se plegaba y retorció como un sarmiento desjugado, y así mismo las inválidas piernas, torturadas por la lenta y obscura enfermedad. Dijérase un despojo miserable, que arrastraba por toda la ciudad, en un carrito de ruedas toscas y macizas, aquel perro astroso, fa-

mélico, huesudo, aquel perro de piel comida por la sarna y grandes ojos húmedos y humanos, como si destellaran pensamientos o derramasen lágrimas...

Solía estar el mendigo varias horas, inmóvil en su carro, echado en tierra el perro, junto a los pórticos de la Catedral, desde las primeras misas matinales, cuando una suave brisa juega, ágil, con las frondas del jardín de la plaza, frente al atrio... El rodante cajoncillo de viejas maderas, el can sumiso y el inválido, acogidos a la sombra gigantesca del templo, componían un montoncito de dolor quieto y humilde. Caía sobre ellos, desde la altura, la voz piadosa de las campanas y acaso, con la bronceína vibración, la llovizna invernal, o el manotazo rabioso de los vientos. Y en el tiempo bello de las rosas, cuando un sol jubiloso pone risas de luz en la imfronte y pierde el edificio su tristeza exterior, parecía ella concentrada, refugiada, en el hombre y el perro, y en el liviano vehículo... Plañía el pobre a los fieles. Y rozaban su cabeza, en fugitiva caricia, las alas negras de las golondrinas que dibuja-

ban en el cielo nítido la complicada trama de sus vuelos; eran evoluciones altas y amplias en torno de las gemelas torres esbel-tísimas, de la redonda cúpula, del breve bosque urbano, tan orgulloso con la esmeralda de su traje nuevo; y otros giros más bajos, de radio menor, sobre la fuente patinada, alma cantante y centro del jardín ..

LA CIEGA DE LOS OJOS BELLOS

¿De qué color eran los ojos de María Dolores?

¡Cuán difícil hallar, a esta pregunta, rápida y precisa contestación! ¡Tan bellamente indeterminadas y trémulas las apasionadas tonalidades de aquellos iris, hondas ventanas de alma! No negros, como estremecidos coágulos de pena, como retazos de ese terciopelo de abismo que es la bóveda nocturna en el ardiente Sur; tampoco azules, pequeños cielos nítidos, lagos gemelos de agua mediterránea, prodigiosas y minúscu-

las praderas de añil; ni glaucos, tal que adensada linfa marina, o francamente verdes, del venenoso tono del ajeno, o tintados en la amplia y suave gama del gris, como discos de acero o como ceniza de las fulguraciones luminosas en que encendíase a veces la placidez de la mirada. Más bien, ópalos vivos.

El ópalo es, sin duda, la gema de encantos más proteicos, entre la multitud de piedras raras que la divina omnipotencia ha redimido de la vulgaridad, alzándolas hasta el trono fastuoso de los príncipes y el dulce y tibio seno de las bellas mujeres, desde el lodo donde se descomponen en tierra sus hermanas de anónima estructura, que no cristalizaron perfectamente o no tiñó algún óxido metálico.

Dos ópalos maravillosos, cambiantes, aquellos ojos de vario tornasol. Sobre un celeste, diáfano reflejo de medio día vernal, destellos de oro o de violeta, luces sombrías o claras, al compás de las ideas y las pasiones que tras los encantados prismas se asomaban curiosamente al mundo: llanto sin lágrimas, aún más patético que los

amargos raudales; silenciosa risa, aún más alegre que el estruendo de la carcajada; día cegante, noche negra, en rápida alternativa; serenidad, inquietud, elocuencia callada, éxtasis, vórtice, inocencia pueril de angélica estirpe, malicia sávida de adolescente iniciación. ¡Oh vanas, frías incoherencias, cómo no lográis remedar, ni en copia torpe, la agilísima fuerza expresiva de aquella mágica mirada!

Ante las cataratas de emanaciones psíquicas fluyentes de sus pupilas, todas las demás gracias menos espirituales de María Dolores, que se abrían, como rosas de fragancia carnal, en la griega euritmia de su cuerpo, parecían esconderse con timidez retráctil, miedosas del seguro vencimiento. Y luego del hallazgo de los ojos, ninguna otra de sus bellezas podía cautivar con tiranía tan grata y fuerte, de gustosa opresión: ni el trigo maduro de sus cabellos, casco de Walkyria; ni la talla en cerzas de los floridos labios; ni la felina y suave soltura de la juvenil marcha; ni siquiera el melódico reir de cristal de Bohemia.

Cerró una noche el sueño aquellos ojos, imponiendo su imperio cotidiano, su mimetismo de la muerte, y al alzarse los descansados párpados, en la mañana nueva, para dar paso a la luz recién nacida, fué la horrible negrura de los ciegos la que llenó el espíritu de María Dolores como una densa agua maldita, como licor de sombras que brotasen del áspero costado de la Desgracia—bestia de Apocalipsis—a una fiera zarpada del Destino.

Sin prodromos, sin dolor físico fué aquello: caricia rápida y monstruosa. ¿No adviene así lo irreparable? Todos los días entrábase las áureas ondas hasta el lecho virginal, con lento avance algodinoso, y besaban ledamente el rostro dormido. Y en el amanecer triste despertó la niña al tibio halago, y se quedó asombrada de no recibir en sus ávidas retinas el choque de la luz, cuyos mimos le andaban por la piel.

Tras el minuto secular de duda, el taladrante grito trágico, expresión de la certeza.

—¡Madre, madre, no veol

Puso, a tientas, las vidrieras de par en

par, y quedó envuelta en el suspiro dulcísimo de la radiante mañana de primavera, tenue brisa de rosas, y en el inefable, dorado manto del flúido solar...

—¡Madre, madre, no veo!

Y abría los ojos locamente, desmedidamente, en medio de la noche y del abismo...

Señor de los espacios y del polvo de mundos que los llena, Señor de la tierra y del fuego, Señor del viento y del mar, Señor de la luz gloriosa y de la noche dantesca, Señor que has creado las alas del espíritu y los gusanos de la carne, ¿por qué Señor, quisiste destruir la maravilla que tú mismo crearas? ¿Señor nuestro, por qué?

III

EL MILAGRO DE LA PIEDAD

Abría paso, entre la rumorosa muchedumbre con oleadas revueltas de bravía mar, un escuadrón bizarro de húsares. Luego, los clarineros, hincando en el invisible seno del aire los lanzazos sonoros de sus cobres, notas lentas, agudas y solemnes de marcha mística y triunfal. Y las dos largas líneas paralelas de los fieles, agrupados según sus hermandades, tras los recamados estandartes de seda y pedrería; y el polícromo lujo de los uniformes próceres—galones áureos o argentinos, pena-

chos esbeltos de plumas, placas y cruces cuajadas de gemas, vanidad de alto precio—junto a la burda estameña gris de los hábitos monacales. Y rodeado de agudas bayonetas humilladas, y de volutas de incienso, y de sacerdotes vestidos de púrpura, un anciano cardenal de facies triste y empalidecida, toda nieve purísima la testa venerable, un poquito encorvado el dorso, de cansancio, y en las temblorosas manos santas, pequeñas manos de niño rosadas delicadamente, un criselefantino crucifijo tallado por Benvenuto. Y circundada de chispazos de aceros desnudos, y de la gigante oración colectiva de la multitud, sobre una montaña de rosas y de luces, la imagen adorada de la Madre de Dios, en su frente sin mancha la rutilante corona ofrendada por el pueblo...

Alcanzaba la procesión los pórticos de la Catedral, ya iniciado el desmayo vespertino. Emblanquecida la cenital turquesa, nacía la sombra en los rincones de la gran plaza, con fluir callado de escondidos hon-tanares; una fría ráfaga hizo quejarse a la fronda exigua del jardín. Y en la honda al-

tura, el primer lucero escintilaba ya tímidamente, como un dorado corazón remoto.

Junto a la escalinata central, un hediente montón de carne miserable esperaba la llegada de la Virgen. Un viejo corcovado, con una enorme llaga sangrienta en la boca inmunda. Un hombre inverosímilmente vestido de andrajos, tatuada la piel por los roedores arabescos de la lepra. Una mujer como tallada en cera, y en los brazos, un repulsivo niño deforme, un cuerpecito de sabandija colgando, semejante a una piltrafa, de la cabeza colosal, blando vaso de pus que parecía manarle de las pupilas pútridas. Una muchacha rubia y fina, envorado su tórax de pájaro por los brazos inflexibles de la escayola. Y el tullido del perro.

La marea humana empujó turbiamente a María Dolores hacia los primeros escalones del ancho graderío, donde el grupo de lacerados bíblicos se abrió para recibirla; de igual modo las ondas densas de un pantano darían paso a una estrella... Y como oyese, ya cercana, la metálica voz de los clarines, María Dolores hincó en la pie

dra las rodillas, junto al inválido del carro.

Inconscientemente agrupados los sin ventura en torno de la angélica niña ciega y del informe cuerpo del tullido, de hinojos todos en el mármol, sintieron avanzar el trono de la Virgen. Sintieronlo avanzar, febriles de deseo, de esperanza y de duda, de duda horrible en el corazón de una esperanza que da sus llamas últimas, que se siente morir. Y llegó la Señora, ante aquellos precitos de la tierra...

Alzó el inválido la espantosa frente para clavar en la faz de la Virgen su desesperada mirada de súplica. Y en el breve camino halló los ópalos muertos de María Dolores, los ópalos bellísimos e inexpresivos retratando serenamente la tristeza infinita del cielo crepuscular.

¿Estremeciósese el hombre hasta las raicillas de su alma por el espectáculo de un dolor mayor que su dolor, por la amargura contagiosa de aquellas quietas pupilas de extrínsecos destellos donde temblaba el cristal del llanto? Dios lo sabe, que derramó en su pecho el balsámico deseo. Y fué

que olvidándose de sí, tan desgraciado, pidió a la Virgen en plegaria muda, con todas las potencias de su espíritu, con formidable pasión tensa, con arrolladora fe, luz para aquellos ojos.

Tan limpia de egoísmo la florecilla franciscana de este anhelo, que apenas germinó en el corazón del hombre, ya había fructificado. Y así María Dolores sintió derretirse y evaporarse prodigiosamente la sólida negrura que la aislaba del mundo exterior.

—¡Oh, Señora, Señora, qué hermosa eres!

Vivos los ópalos de nuevo, veía ante sí a la Virgen, que parecía sonreírle con dulzura inefable.

Quiso gritar, llorar, reír. Estaba toda llena de claridades tumultuosas, de luces materiales que se le adentraban en torbellino y que parecía beber su cuerpo con avidez de hidrópico. Y sólo dijo roncamente, las manos elevadas al cielo con ademán de alas abiertas:

—Veo, veo, veo.

Hubiera caído en tierra vencida por el

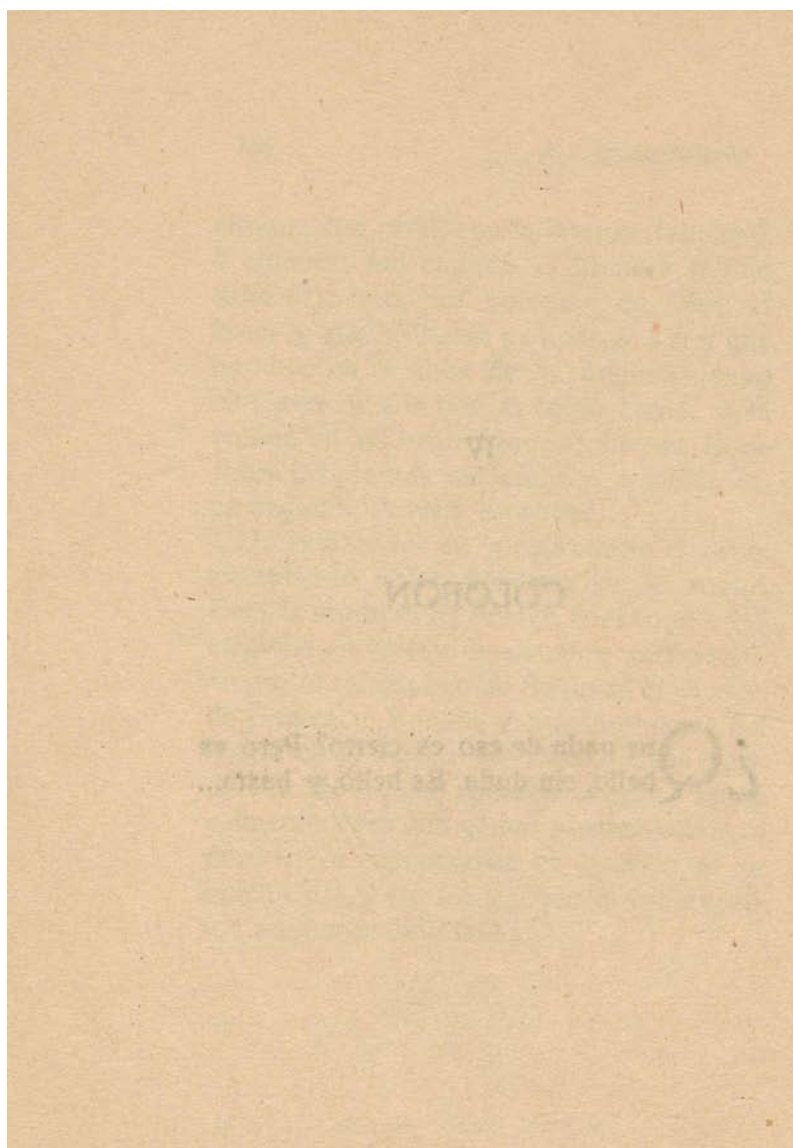
choque, tan rudo, con la intensa felicidad. Y entonces fué cuando el hombre tullido saltó del carro, por voluntad de Dios, el hombre que no había pedido para sí y que hundido en la sima de su angustia supo olvidarse de ella por el dolor ajeno, y la recibió en los brazos sanos y fuertes, firme sobre las piernas musculosas, vencida en un segundo la vieja invalidez...

Un resplandor de gloria cubrió el cielo, espantando a las sombras de la noche. Caía la multitud de bruces, rodeando a los elegidos en vórtice de asombro, como herida por el relámpago de Saulo en el camino de Damasco. Y nadie vió desprenderse del rostro de la Virgen dos diamantinas lágrimas de júbilo, que rodaron al polvo musicalmente: esas dos gemas portentosas que unos niños encontraron en el atrio al siguiente día, y que los lapidarios más expertos no han podido tasar...

IV

COLOFON

¿Que nada de eso es cierto? Pero es bello, sin duda. Es bello, y basta...



DEL AMOR, TEMA ETERNO

DEL AMOR TRINA ETRNO

Recordando aquel beso que *podimos* dar
y no dimos, siéntese una inefable, pla-
centera y dulcísima emoción; mientras que
si evocamos los besos dados, los que real-
mente *fueron* besos, nace allá dentro un le-
ve asco, sin querer...



Me gustan sus pupilas porque son azu-
les, muy azules, del color del mar. Me gus-
ta el mar porque sus ondas son azules,

muy azules, del color de sus pupilas. Y dentro de ese círculo cerrado doy vueltas y vueltas, eternamente...



Cuando en amor digáis: «te quiero mucho», es posible que afirméis una verdad. Mas siempre que decís: «te querré siempre», estáis mintiendo...



Un vals oído en la tarde y en la lejanía parece que parodia una declaración de amor. Las notas graves fingen la voz varonil, y los compases agudos, la femenina. *El*, es el violoncelo, y *ella*, la flauta; y los sordos gruñidos del contrabajo representan la oposición de los papás...



La sensualidad es como la especia que los espíritus de basto paladar echan al guiso del amor para encontrarle un gusto que ,

sin esa pimienta, se les escapa por demasiado sutil.



Las amantes, cuando dan una cita, suelen faltar a ella. Mas hay una tan coqueta, que nos cita a todos, a todos, y tan apasionada, que siempre, siempre, acude. «La Intrusa» la ha llamado Maeterlink...

... of the ...

... of the ...

... of the ...

... of the ...

DE PEQUEÑAS CAUSAS...

DE PEQUEÑAS CAUSAS.

I

Ocupaba la puerta de la frutería uno de los chaflanes del largo bulevar que sombrean las acacias con su estremecido ramaje de lujuriente esplendidez, todo lleno de inquieta y gárrula muchedumbre de pájaros, los pilluelos del aire... Ahora, ya casi anochecido, dormían éstos quietamente, como tibias y leves esferillas de pluma refugiadas en las cruces de las ramas altas; en tanto que Tónico, su humano hermano mayor, áptero gorrión del barro, aprovechábase de las primeras sombras para el ace-

cho inquieto de su caza. Ocultaba su desmirriado cuerpecillo—montón de harapos sucios y rosada carne más sucia todavía— tras uno de los troncos del paseo, lo más cerca posible de la tienda tentadora, ya iluminada por los focos amarillentos del gas; y sus vivos ojuelos de precoz picardía contemplaban con ansia, febrilmente, los múltiples tesoros vegetales de aquel recinto mágico, que hacían agua la boca del muchacho.

Grandes racimos de amarillos dátiles colgaban del techo, entre los de recia uva del Sur de pellejo crujiente y ambarino y los manojos de olorosos plátanos graciosamente curvos. En el suelo agrupábanse en desorden innumerables banastas con los frutos más exquisitos y diversos: exiguas y dulcísimas ciruelas moradas o verdosas o de color de oro; peras enormes de fundente pulpa; pálidas manzanitas agrídulces, con toques de carmín como hechos con pinceles, de artificio; gualdos membrillos de áspera acidez; menudas azufaifas... En un lado, junto a unas chirimoyas, las esferas fibrosas de unos cocos en cubanos huacales; en el otro, frutas secas: almendras le-

vantinas, castañas aún metidas en su erizo... Y en el umbral mismo, saliéndose a la calle, un canasto gigantesco de naranjas de cáscara empalidecida por la plena madurez, maravillosos globos de concentradas mieles y de aromas fragantes, áureos espedridios cuya visión inefable había hipnotizado al pequeño Tónico, quien escondido a dos pasos de ellos, aguardaba impaciente la propicia ocasión de atrapar uno.

Y el instante oportuno llegó al cabo, en tanto que la mayor afluencia de compradores ocupaba la atención de aquella mocita rubia, joven Pomona con delantal y manguitos blancos, guardiana de las frutas próximas a la entrada. Un momento de arrojó en Tónico, un salto rápido y silencioso, de felino, y se encontró corriendo por el bulvar con una hermosísima naranja entre sus manos, rápido el ritmo de su corazoncito de pájaro por la emoción intensa del momento, por la alegría del potente deseo satisfecho, por el miedo de ser perseguido, y por la infinita voluptuosidad de sentir entre sus dedos pueriles, insuficientes para abarcarla, la apetecida bola de contacto fresco

y suave, que apretaba con fuerza contra el pecho, sin dejar de correr...

Y un oscuro zaguán se le ofreció de pronto como refugio aquietador... Adentróse por él resueltamente, y en llegando a la estrecha escalera, de servidumbre, subió hasta el primer rellano con simiesca agilidad. Allí sentóse a descansar. Desde uno de los pisos altos descendían hasta el niño vagos rumores de fiesta: voces alegres, risas femeninas, una música dulce y cariciosa—retazos de un alado tiempo de vals frívolo—tocada por violines y embellecida por la distancia... Tónico se calmó de su carrera, indiferente a todo esto, y comenzó a mondar con impaciencia su tesoro, arrojando los blandos trozos de cáscara a cualquier parte. Pero de pronto sintió abrirse, allá arriba, una puerta; luego, pasos... Sin soltar su naranja—¡antes la muertel!—montóse a horcajadas en el pasamanos, y por él deslizóse rapidísimo... Y lleno de alegría por haber escapado a la imaginaria persecución, salió gozosamente a la ancha calle e hincó el diente a la fruta...

II

Rodeaban el automóvil hasta quince amigos de Fernando, todos los de su peña del Casino, casi todos antiguos camaradas en las aulas del Instituto y la Universidad.

Estaba parada la trepidante y suntuosa máquina bajo la marquesina del club, donde el bullicioso grupo de jóvenes acababa de celebrar la última tarde de soltero de Fernando, el primero de entre ellos que se casaba, dentro de unas horas... Y en su honor habían descorchado unas botellas de

champaña, y ahora le despedían con aplausos y vítores y abrazos estrujantes...

—Marcha enseguida; ya es la hora.

—Dentro de unos segundos nos tienes a todos allí.

—¡Aún puedes arrepentirte, Fernando! no pases el Rubicón, no entres en el infierno...

—Adelante, Fernando; la suprema dicha te espera...

—Adiós, Fernando, héroe magnífico.

—¡Hasta ahora, Fernando, suicida, loco!

—¡Viva Fernando!...

Hablaban a la vez, estruendosamente, con sincera alegría no reprimida, mientras Fernando ya en el automóvil los miraba sonriendo, radiante de felicidad. Y partió raudamente, el coche, en medio de este júbilo...

La blanda trepidación de la carrera por las ruas asfaltadas, en esta amable hora inicial del nocturno, cuando la gran ciudad enciende la fiesta innumerable de sus luces y acelera su poderoso ritmo vital, produjo en los nervios tensos de Fernando una agradable sensación física de aflojamiento, de laxitud. La brisa de la marcha acariciábale la frente. Era una noche suave del oto-

ño del Sur, quieta y cálida, sembrada toda de astros en la altura...

Pensaba ahora en el brindis de Vicente, el poeta y orador de la reunión, y sonrió al recordar cómo lo había sorprendido—momentos antes del discurso—en la biblioteca del Casino, buceando en las simas infinitas de una enciclopedia monumental.

—Eres, Fernando, un elegido de las Gracias: Aglae, Talía y Eufrosina van delante de tí, por el sendero de tu vida, llenándolo de rosas. Eres joven, guapo y rico. No has conocido aún la enfermedad, ni han llorado tus ojos sino de risa. Margarita, la más bella y más buena de las mujeres, está esperándote para ser tuya. Ella es la cuarta Gracia. Contra vosotros nada podrá Eris, ni os azotarán con sus serpientes Alecto, Megera y Tisifone. Los dioses te protejen y te miman. Que Atropos rompa sus tijeras sin que logre cortar el hilo de tu existencia venturosa. Que sus hermanas Láquesis y Cloto no sepan de tí nunca...

Fué un éxito de risa el pedantesco párrafo...

Verdaderamente que en la vida de Fer-

nando, hasta ahora, unas manos invisibles iban derramando sin medida toda suerte de venturas y de gratos dones. Miraba hacia atrás desde la cumbre florida de sus veinticinco años, y era la bella perspectiva una no interrumpida sucesión de horas dichas, sin el más leve paréntesis de dolor. En cuanto al porvenir, sonreíale propicio, con generosa oferta de nuevos bienes, el primero y más grande, éste inmediato de su boda.

¡Oh, sus amores con Margarita, estos amores limpios y hondos como las aguas nítidas de los lagos alpinos! Alguna vez, amigos de Fernando se acercaban a hacerle confesiones de sus dudas amatorias, porque no poseían la certeza incommovible de ser correspondidos en sus afectos, y le hablaban, torturados, de la mujer esfinge, impenetrable y cambiante... El, en cambio, no había sentido nunca el suplicio de estas dudas en sus dulces relaciones con Margarita. Era ella rubia, de un blondo sereno y casto, melado, como untuoso, como unguido. Fernando se asomaba a sus ojos esmeraldinos—vivas gemas gemelas—y veíase

en ellos retratado hasta lo infinito. Y eran sus almas como sus ojos: espejos paralelos sin más destino que el de estar siempre frente a frente, multiplicando sin cansancio la imagen deseada...

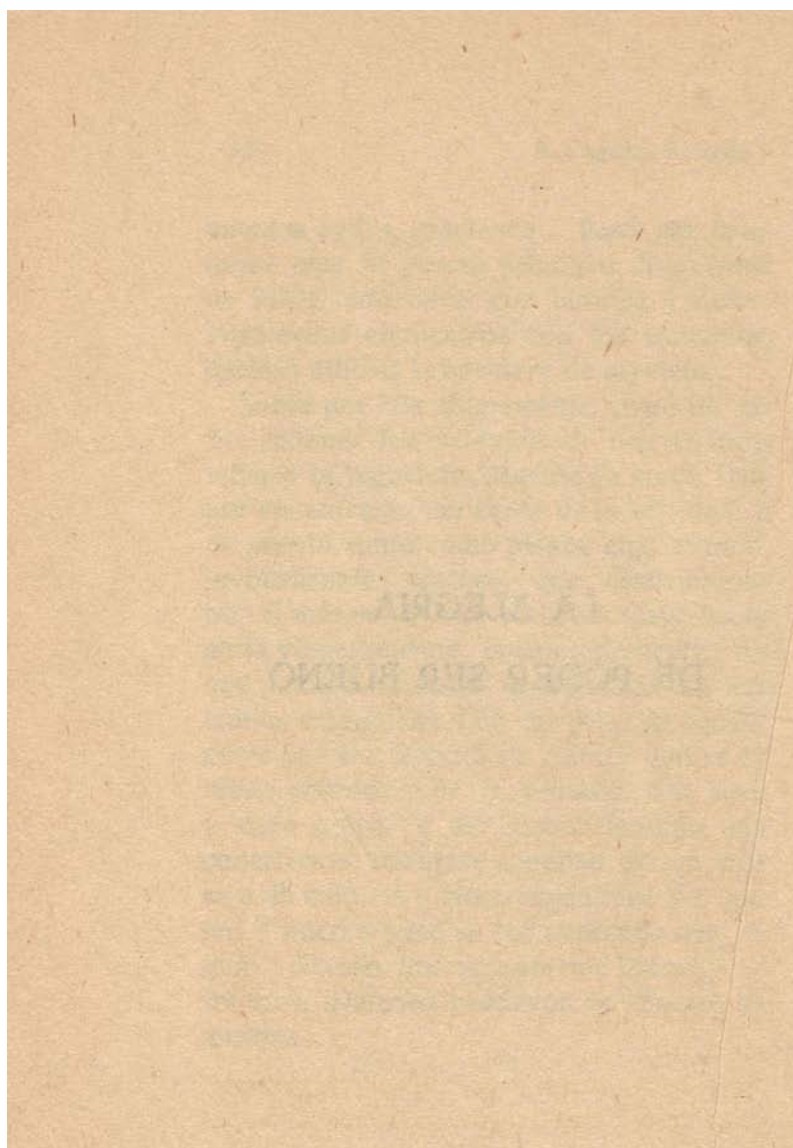
El más sólido fundamento de su dicha era esta certeza de ser amado que llenaba su corazón, que se desbordaba de él como vino burbujeante de una copa de Bohemia. Sentía vivos deseos de lanzar carcajadas, locamente, o de llorar acaso para abrir alguna válvula a las presiones de la tormenta emocional que se agitaba en su corazón: torbellino de alegría frenética, de ansias exasperadas e impacientes, de fuerte y rudo contento físico... Y también, con todo esto, algo como un inefable temor a lo imprevisto, al hermetismo de lo venidero, a las mudanzas súbitas con que nos sorprende el destino; ideas que le pasaron un segundo por la mente, como relámpagos apenas nacidos y ya muertos y, sin embargo, cegadores...

Llegaba el automóvil al bulevar, frente a la casa de ella. Descendió de un salto Fernando. Era alto, fuerte, esbelto, de movi-

mientos ágiles, graciosos... Pasó sin detenerse ante la puerta principal, fulgurante de luces, adornada con plantas y flores. Para evitar encuentros con los invitados, decidió utilizar la escalera de servicio...

Subía por ella alegremente, como un niño, saltando los peldaños de dos en dos; silbaba la juguetona canción de moda, feliz por encontrarse tan cerca de la felicidad. Y de pronto sintió cómo pisaba algo blando, inconsistente, viscoso, que deslizándose por el mármol le hizo resbalar. Cayó hacia atrás violentamente, inesperadamente, sin que pudiera alcanzar la baranda con sus manos extendidas. Dió un grito ahogado, antes de caer. Rebotó su cabeza contra la arista marmórea de un peldaño, con seco y óseo golpe. Y allí quedó tendido, sin consciencia, mientras sonaban arriba música de violines y risas argentinas de mujer. Y poco a poco se fué poniendo frío, rígido y blanco, horrorosamente blanco, entre unos olorosos pedacitos de cáscara de naranja...

LA ALEGRÍA
DE PODER SER BUENO



-¡Y a está aquí!... ¡Es un perro negro!...
¡Y quiere morderme!... ¡Ya está aquí
otra vez!...

Llenó el grito angustioso toda la casa. Era un agrio lamento desgarrado, de un horror infinito. Daba, al oírlo, miedo... Siguió, tras una pausa, un llanto estrangulado, como un hipo. Luego, otra vez las voces trágicas, de irreprimible y máximo terror.

—¡Es un perro negro, negro y grande, apcolmillos muy largos!... ¡Me los claval!...

Sin duda, ya se hundían en la pobre carne los feroces caninos, como puñales vivos: tan aguda la queja...

Se estremeció Alfredo al oírla, en el sillón donde estaba abstraído largo rato, ambas manos en la pensativa y pálida frente. Había pasado así toda la inacabable noche invernal, sin dormir ni un momento, igual a tantas otras en los últimos meses. Y como no cesaran los gritos dolorosos, dirigió su mirada hacia la alcoba de la enferma, una larga y cansada mirada de desesperanza...

—¡Este perro negro, este perro!...

Comenzó el raro mal de la anciana porque no podía dormir. Muchas noches de insomnio y de inquietud hicieron necesaria la morfina, como recurso heroico. Y ya no se pudo prescindir de la engañosa droga; mas se iniciaron aquellos extravíos, que comenzaran por tímidas incoherencias de lenguaje, para ser pronto furiosos paroxismos, pesadillas interminables y monstruosas, en las cuales había siempre una bestia feroz, negra y enorme, un perro de quimera, un engendro horroroso de locura. Y en-

loquecía la enferma bajo la doble zarpa del dolor y el espanto, cual si fuesen reales las morbosas ficciones...

—¡Me ha mordido en el brazo!... ¡Cuánta sangre, Dios mío!...

Hablaba muy de prisa, con extraña voz enronquecida, de súbitos agudos hirientes. Y alguna vez, de modo inesperado y cómico, de una comicidad que arrancaba lágrimas, mezclaba dulcemente, con las violentas voces, cariñosos epítetos.

—¡Pobre chuchó, pobrecito; ven aquí! No me hagas nada que voy a darte azúcar... ¡Pobrecito!...

Y hacía pasar, con lentitud suave, su temblorosa y descarnada mano por el lomo fantástico de aquel can invisible...

Tenía ya cerca de setenta años. Era madre de la mujer de Alfredo. Debió ser bellísima en su lejana primavera: de un oro leve y claro los cabellos; encendidos los ojos en luz de amanecer, aquellos ojos casi muertos ahora; florecidas de rosas, entre nácares, las fragantes mejillas; nácar nítido y tibio, rosas de juventud... ¡Un sueño ya todo esto! Antes de la enfermedad ines-

perada era una pulcra viejecita, de aspecto simpático, siempre atareada en los quehaceres domésticos, que así evitaba a su hija. Alfredo llegó a quererla, y le llamó madre tiernamente, recordando a la suya, allá en el Norte...

Vivía ésta con Eloísa, su otra hija, esposa de un empleado de Correos en una populosa ciudad cantábrica. Bien quisiera Alfredo tenerla consigo. Era la aspiración suprema de su vivir, su ambición ardiente y única. ¡Sería tan bueno para la salud precaria de la anciana, este cielo profundo del Mediodía, esta tibia dulzura de los bellos inviernos mediterráneos, llenos de flores y de luz doradal... Mas no cabían las dos abuelas en el hogar modestísimo. Siempre esperando mejorar un poco de fortuna para satisfacer este deseo acuciador, este ansia enorme de llamar junto a sí a la vieja madrecita, y quererla muchísimo, y hacerla objeto de todas las comodidades, y saturarla de bienestar, de sosiego y de paz, tan bien ganados tras de largos años de penuria y dolor... ¡Y todos los ahorros amasados con tanto trabajo para «aque-

llo», llevabaselos ahora este mal tan largo y tan molesto, este mal de «la otra», cada día de más dudosa curaciónl...

Pensaba ahora Alfredo en estas cosas. Habíase levantado del asiento donde viera transcurrir, inquietamente desvelado, las horas eternas de la noche. El balcón, entreabierto, dejaba ya pasar las muertas luces de un crepúsculo lento y nuboso, apenas iniciados al Oriente sus primeros tonos claros. Apoyó la frente en la vidriera, emblanquecida por la escarcha exterior, y el frígido contacto le produjo una sensación consoladora de alivio físico. Debía de tener fiebre y, ciertamente, un enorme cansancio. Tres meses así, ya... Pensaba en estas cosas. Y allá dentro, rebeldes a su propia voluntad, triunfando en contra de ella, sentía bullir, como un enjambre vermiforme, aquella muchedumbre de ideas turbias e imprecisas que intentaba arrancarse sin poder...

Habíalas sentido nacer de pronto como hierbas sembradas por el diablo en los más escondidos pliegues de su espíritu, y echar allí raíces, apesar de todos sus esfuerzos por extirparlas, y crecer lozanamente a la

par que los males de la anciana. Primero pensó un día, sin querer: «Si se muriera...» Y en otro momento: «Descansaría ella... y todos...» Y después: «No es para tí sino la madre de tu mujer». Y por último: «Si alguien equivocara la dosis de morfina... Podrías entonces traer contigo a tu madre...»

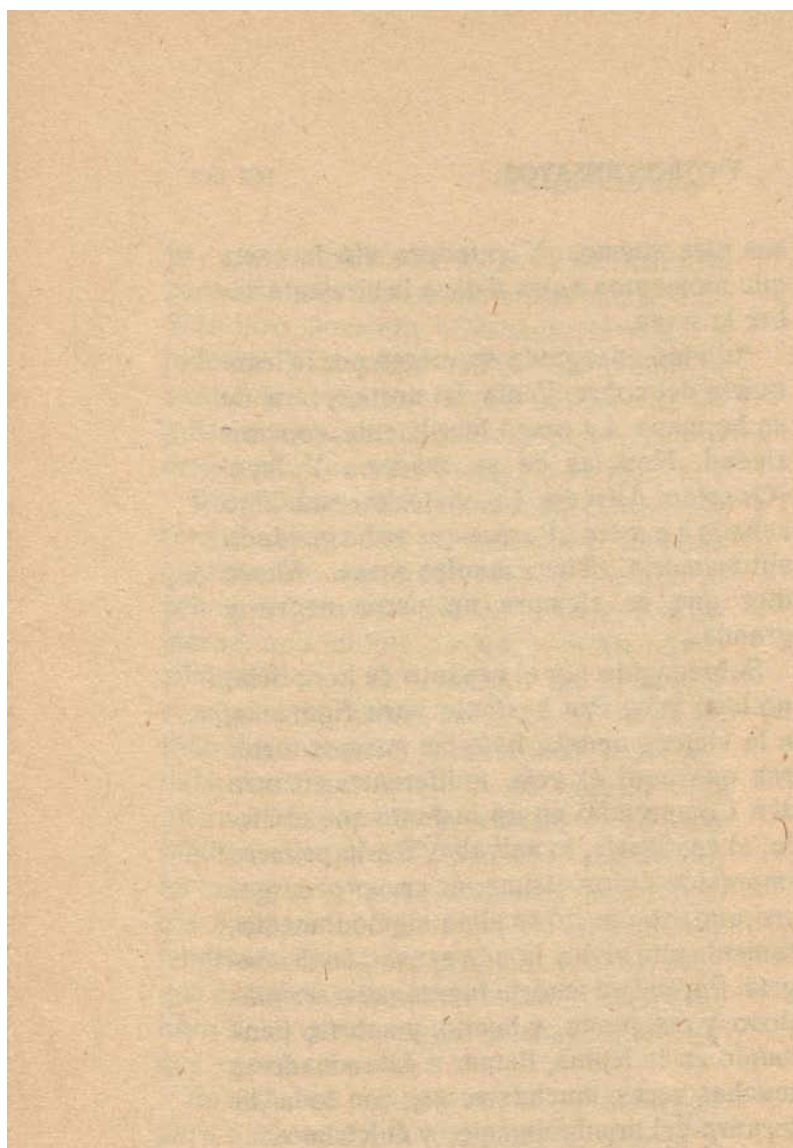
Rebelábase contra estas seducciones, que iban envolviendo a su voluntad como boas gigantes de opresores anillos. Porque al principio le inspiró piedad la vieja, una inmensa, una infinita piedad; y ahora, insensibilizado para el dolor por su presencia constante, mirábase por dentro, viéndose todo lleno de cruel indiferencia. Y no hallaba en lo más hondo de su espíritu sino un cansancio sordo y molesto como una inquietud corporal. Y pensaba, espantado, en que si la sierpe de los malos pensamientos apretara sus envolventes caricias, no tendría fuerzas para poderlas resistir. Porque él había sido siempre bueno. Y en esta hora débil quería seguir siéndolo, y sentía que «no iba a poder».

Buscaba un asidero como un náufrago para librarse de la sima negra, abierta a

sus pies mismos. Y entonces vió la carta que momentos antes dejara la sirvienta sobre la mesa...

Adivinó enseguida su origen por la franquicia del sobre. Venía del norte, y era de su hermana. La rasgó febrilmente, con ansiedad. Noticias de su madre... Y leyó: «Querido Alfredo: La viejecita está algo echada a perder... Parece que se ha quedado sin memoria... Tiene manías raras... Ahora dice que ve siempre un perro negro y grande...»

Sobrecogido por el espanto de la noticia, no leyó más. Era bastante para figurarse, a la viejuca amada, bajo las mismas torturas que aquí él veía, indiferente, en otro ser. Comprendió en un instante que el Cielo, al castigarle, lo salvaba. Y a la primera impresión dolorosísima, de cruento desgarrro, que estremeció su alma, siguió inmediatamente una viva y honda sensación de alegría. Porque ya tendría fuerza para ser piadoso, y resignado, y bueno; y sabría, pensando en la lejana, llamar a ésta «madre», muchas veces, muchas veces, con toda la ternura del nombre mágico y dulcísimo...



GIRONES DE PROSA

GIRONES DE PROSA

PAISAJE NEVADO

En la noche invernal de plenilunio —parecía el mundo metido en una caja de nácar transparente— se fué cuajando la etérea luz en nubes: finos vellones de algodón en rama. Crecieron hasta semejar ovejas que pastaban, en la pradera altísima, las margaritas de las estrellas. Pronto la celestial manada se las hubo comido; y multiplicándose los vaporosos rebaños, cubrieron blancamente toda la bóveda, como en un derramamiento de la savia lunar. Nevó, al fin. Nevar es llover luna.

¡Dulce, blanca mañana, toda llena de luna molida, de polvo de luna caído de lo alto: de nivel

Se han terminado, para siempre, los bellos plenilunios en que el mundo parecía estar metido en una caja de nácar transparente. Es la luna,—rota—esa harina de mármol que disfraza de payaso a la tierra.

¡Pero, oh milagro cándido! La tibieza diurna ha fundido esa careta del paisaje, la ha licuado en un charco cristalino. No bien vuelve la noche, se levanta la luna de la oriental ribera, de sus propios despojos, como un fénix de luz... Se desdobra, y camina por el charco y el cielo...

ESTALACTITAS

¿De qué escondido hidrofilacio del espíritu vienen las lágrimas? Interiores y dolorosas filtraciones nutren su veneno de amargos jugos, destilados en el complejo alambique del Dolor.

Manáis siempre—¡merced altísima!—en esa gran caverna resonante que es el alma de los poetas, lubricando su sensibilidad. Y allí, por obra vuestra, van formándose las estalactitas de los versos, maravillosamente...

III

BRISA, VIENTO

Había una brisa dulce, caricias de no se sabe quién. Pero se hizo fuerte y fría: viento. ¿Qué ha ocurrido en el cielo que amedrenta a los ángeles? Bajaron ellos cerca de la tierra, y oreaban nuestras frentes con los abanicos de sus alas. Ahora se han asustado. Y en el rápido vuelo de la huida levantan este viento, frío y fuerte...

PROA TAJANTE...

Se la llevó el blanco navío para nunca volver. ¡Mar adentro, proa tajante! Hinchábanse de brisa las panzas de las velas, graciosas combas níveas como pechos de gaviota... ¡Proa tajante, mar adentro!

¿Por qué no hice de mi corazón trémula navecilla, raudo esquife rojo, breve barco de coral? Lo hubiera propulsado la hélice del cariño, mar adentro, proa tajante...

SILENCIO

Está tan lejos, pero... Vaya este soplo,
como el aire, por encima del mar:

Este amigo, de pronto, sin interés, de
una manera laxa, quizá tan sólo por llenar
el silencio, os pregunta.

—¿Te acuerdas?

¡Ciencia prodigiosa y difícil del disimulo,
colosal esfuerzo íntimo para frenar el cora-
zón, sismo del alma cuyas convulsiones no
estremecen el músculo más pequeño del im-
pasible rostrol Sencillamente respondéis.

—No.

Y otra vez el silencio, con su invisible
garra.

LIMADURAS DE SOL

Era tan largo el crepúsculo, por el esfuerzo del sol en no morirse del todo, que estaba la luz llena de dolor de cansancio. Por esto, de pronto, la negrura. Una losa de basalto cierra el sepulcro del día. Y están limando al sol, en la Gran Fragua del otro lado, la que no se ve nunca. Renacerá tan redondo, tan bruñido, tan nuevecito en su inmensa vejez. Y va cayendo, arriba, el polvillo que se desprende de su limar: **estrellas...**

VII

ROSAS

Horas lentas, febriles, de modorra, horas que siguen al mediodía estival. Horas blandas, semilíquidas por obra del calor, dilatadas, agrandadas. Penumbra. Luz de miel. Y unas rosas que parecen de carne: blanca, olorosa, femenina. Oculto detrás de ellas, un egipán—el Diablo—, hace muecas lascivas...

VIII

LA VOZ DE FILOMELA

Pasan rápidamente bajo el cielo,—hondo y limpio,—las flechas negras y aladas que disparan desde los oasis sahárnicos o desde el suave y largo valle del Nilo azul: golondrinas. Y en las frondas del huerto están ya haciendo su nido los ruiseñores. La apasionada avecica llena las vernaes noches luminosas con la armonía de su garganta. Un balbuceo inicial, como un lamento tímido, como una dulce queja. Y luego, de súbito, las prodigiosas hondas musicales, que nacen, que ascienden, que

se mezclan, que se oponen, que se adelgazan tenuemente, que se hinchan hasta la plenitud, que estallan y se rompen en giros de sonidos para hacerse suspiros antes de morir. Y un blando silencio recamado de susurros misteriosos. Y de nuevo la amplia honda lírica: explosiones, modulaciones, rápidos trinos que son como risa, estribillos dolientes que parecen llanto... Y todo bajo el denso ropón nocturno, que se prende a la altura con clavos de oro...

Suena la voz de Filomela, porque es llegado el tiempo de todas las fragancias, el tiempo milagroso de los versos. De los besos también, que son versos escritos con los labios.

Suena la voz de Filomela, como expresión de la alegría del mundo. Pero yo estoy llorando...



IX

HOJAS

El temblor de las hojas de los álamos es un afán de vuelo. Sumergida en lo azul, entre los cielos del cielo y del remanso, sueña la hoja que es un ala pequeñita y ágil. El travieso vientecillo la solicita, meciéndola. ¡Tortura del pecíolo! Y es trágico el destino de la pobre hoja, siempre temblando de deseo, pues que no ha de volar si no ya muerta...

X

NUBES

¡Qué bien flotah, en el matinal cielo nuevo, las inocentes, redondas, ligeras nubes blancas, pompas de jabón en el juego de los ángeles! Pero esa gran plancha de plomo de la tormenta, ¿cómo puede mantenerse prendida a la altura? ¡Debe de pesar tantol... Se adivina, tras de ella, un formidable artificio elevador, no sé que grúa gigante y compleja cuyo resoplido de cansancio es el trueno: largo rechinar sordo, fatigoso, que los ecos redoblan...

PALABRAS

Algunas palabras son duras, como bloquecillos pétreos, no sé por qué. Si breves, suenan a estampido; si largas, a redoble marcial. Recién nacidas, estas voces debieron semejar diamantes facetados. Pero caídas en el torrente del idioma, bataneadas por el uso, las aristas se han pulido hasta borrarse: el poliedro magnífico se ha cambiado en guija de arroyuelo.

AURORA

Se buscará lo inédito, aún sabiendo que no ha de ser hallado. Siempre el rostro hacia la aurora, hacia todas las auroras. Y no levanten diques, los excelentes profesores fosilizados, para contener las pujanzas de la marea nueva; esto la irritaría. Quede libre, plenamente, y veréis como ella misma se repliega, luego de un fracaso de espumas... ¿Podría surgir de los ampos rompientes otro avatar de Venus? Por si acaso, súmese a la tormenta nuestro humilde fervor...

XIII

SI DIJERA

Si dijera este horrible pensamiento que se mueve en mi mente, esta idea lívida, untuosa, reptante, vermiforme, esta idea larga y pajiza que es como una tenia cerebral...

XIV

DESILUSION

¡Oh, desencanto, cruel ponzoña, cómo has entrado en mí! Qué inútil, qué ridículo, este pobre empeño de transmutar en literatura mi dolor...

ESTE MIEDO...

Este miedo a la muerte, este horror al Final...

Para la carne, reposo de piedra. Luego, pudrirse no es si no transformarse, acaso en rosas...

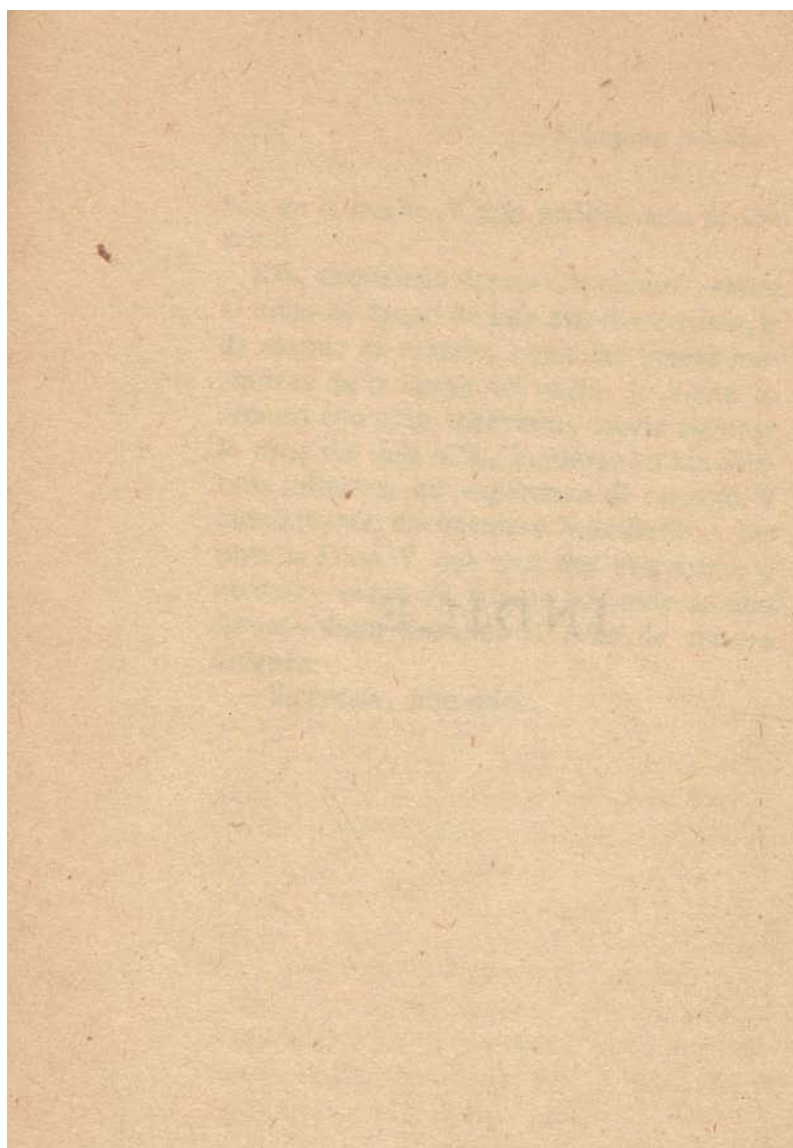
Para el alma, ¡qué júbilo!—Vuela, soplo inefable, sobre los valles hondos y la llanura inmensa de los mares inquietos, vuela sobre los bosques, y las ciudades, y los campos, y la espalda robusta de las sierras. Y más arriba. Vuela sobre las nubes y los vientos. Y más arriba. Vuela hasta los luce-

ros de la noche. Y más arriba, más arriba aún...

¡Oh, ambicioso deseo! Cabalgando sobre el lomo de fuego de una estrella errante, ir de mundo en mundo, como las ígneas mariposas de la fauna del vacío. Ir hacia lo remoto con afán insaciado, novia siempre la proa del más allá... Perderse en los abismos infinitos, sin esperanza de retorno. Y súbitamente, encontrarse humillado a los pies de Dios. Y que una voz suavísima y potente—como un trueno sonando en una flauta—diga, llenando el orbe de sonora dulzura:

—Acércate, hijo mío...

INDICE



	<u>Páginas</u>
DEDICATORIA	7
PRÓLOGO	11
GAVIOTA.	
I.	27
II.	31
III.	35
IV.	39
V.	43
VI.	49
VII.	53
VIII.	55
Sinceridad.	59

LA ORACIÓN DEL SOLDADO
HERIDO.

I	67
II.	69
III	75
Mirando a lo alto.	77
El inútil ensueño	85
La caldera	91

PAISAJES.

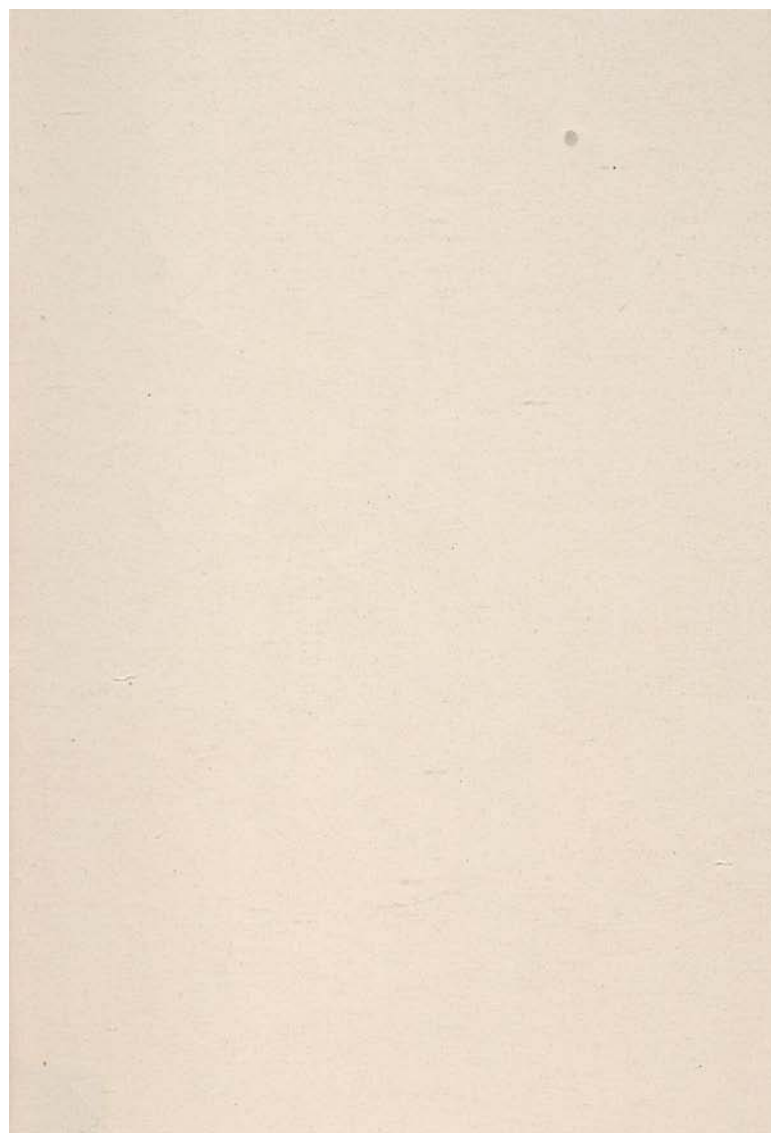
El valle	105
Frío	109
En las cumbres.	113

TAUMATURGIA.

I.—El mendigo inválido	123
II.—La ciega de los ojos bellos	127
III.—El milagro de la piedad.	133
IV.—Colofón	139
Del amor, tema eterno	143

DE PEQUEÑAS CAUSAS.

I	149
II.	153
La alegría de poder ser bueno	159
GIRONES DE PROSA.	169





Portada de R. Verdugo Landi
y L. Gil de Vicario. ~ ~